

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

VOLUMEN V

EDICIONES DE LA
SOCIEDAD AMIGOS DEL
LIBRO RIOPLATENSE

ES PROPIEDAD

**Reservados todos los
derechos de reproduc-
ción y adaptación.**

**Copyright by "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense"
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES**



Froelich


863.6
Esp
som

FRANCISCO ESPÍNOLA (HIJO)

S O M B R A S SOBRE LA TIERRA

NOVELA

Uru 863.6 ESP som
Sombras sobre la Tierra /



FHCE/059175

39175



I. - CUENTOS URUGUAYOS, S. XX

I. - Dpto. Lit. Hisp.

II. - Título

A CARLOS REYLES.

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

*Y como llegó cerca, viendo
la ciudad, lloró sobre ella.*

SAN LUCAS.

Dobla a la izquierda porque, en un rancho, a la media cuadra, vive un perrazo malo y salidor. Pero en la primera bocacalle tuerce a la derecha y sigue descendiendo.

Es alta noche. Marcha por una de las sendas que el tránsito mantiene entre los yuyos y guijarros. De cuando en cuando, hundidos en el fondo de los predios, ranchos quietos. El callejón, delante, a unas cuerdas, se puebla apretadamente en un trecho de ochenta metros a ambos lados, hasta morir al pie del alto terraplén de la vía férrea. Se constituye entonces en la calle principal de una barriada. Casuchas bajas, algunas. Otras, ni eso. De ladrillo, de barro. Recompuestas con latas y madera. Apenas recortándose en la noche, validas de la propia luz que sale hacia la calzada a obscuras. La primera de estas casas tiene una puerta en la ochava que la evidencia entre todas desde lejos. . . En esa lleva clavados los ojos cuando oye un ladrido.

Se detiene.

Silencio.

El ladrido se repite, pero ya no inquieta.

Continúa.

Hay un aire fresco con olor a tierra húmeda. Va dejando a los lados cercas de alambre que rompió en

portillos el abandono de años. Altos como hombres se destacan yuyos.

En el pedregal hay un resonar de cascos. Un caballo cruza el callejón. Solo. Hacia abajo. Hacia el río. A paso largo y lento, abatida la cabeza. . . Como un hombre.

Lo deja pasar. Sigue la marcha.

Croan sapos, ahora. Están en una charca que la última lluvia aproximó hasta el camino llevándole fulgores pálidos entre el pasto.

—¡Milonga! ¡Milonguita!

Llama así una voz aguardentosa; voz de una sombra desembocada tambaleante a pocos pasos.

—¡Milonguita!

Se aproxima sin recelo. Pero el cariñoso, al inclinarse, trastabillea y casi se le cae encima.

Después de repetidos esfuerzos, él desiste de pararse. Se sienta. Vuelve a llamarla:

—¡Vení, no tengás miedo!

Ella vacila un instante. Ladra.

—¡Después que me caí por vos!,—echa en cara el del suelo, al verla alejarse al trote.

Se ve mejor la iniciación de la barriada. Al frente, el callejón abre dos brazos también con luces tendidas a la noche. Tienen, calle por medio, cañaverales que las ocultaban. Por la puerta del edificio en ochava, medio derruído, se distinguen formas humanas. Enfrente hay otra casucha, a la que se sube por un alto escalón de piedra. En el escalón, un bulto se acurruca escasamente alumbrado por detrás. Delante, a ambos costados, en la obscuridad, chorros débiles de luz. En algunos se mueven sombras densas.

Alguien se desprende del mostrador que ahora se advierte bien por la puerta ochavada, se tambalea en

el rectángulo amarillo y se hunde en la calle negra.

Milonga saca el cuerpo, de un brinco, para que el encandilado no se la lleve por arriba. Y queda plantada.

Nadie duerme en estas casas. Todas tienen los portales abiertos y más o menos iluminados.

Se oye estrépito de latas a tumbos. Y un camión aparece doblando en el callejón.

—¡Pare en la luz, nomás!

Del camión se descuelgan siete hombres dando un gran salto. Visten prendas criollas y puebleras. Es gente de las chacras circundantes que viene por un rato y regresa en la madrugada.

Surgen mujeres entre las luces de los portales, componiéndose los vestidos y el cabello.

El lugar se surca de voces.

Milonga sube los dos escalones del bodegón.

Hay olor a caña. De la que beben todos: los que están junto al mostrador; un hombrecillo cabizbajo sentado en un banco con una guitarra; dos vareadores de caballos, pequeños como monos; un indio oculto bajo gran sombrero, en el rincón más lejano.

Quien despacha es un gigantón en camiseta, con larga melena entrecana y con un solo ojo. Visto de perfil, por el lado del ojo, parece un santo. Por el otro, algo feroz. Porque, además, de la órbita vacía sale una cicatriz que termina con la mandíbula. De frente, el lado malo prima sobre el bueno; el ojo que no existe sobre el de dulce mirar.

—¡Mir'a Milonguita!—exclama.

Tres pardos que beben acodados sobre el mostrador se tornan, entonces.

Milonga gana el interior del despacho. Acariciada por el tuerto meneas el rabo. Es de pelambre blanca

la cachorra, con una como corbata renegrada alrededor del cuello.

—¿Qué li ha pasao? ¡Tres días, amiga!

—Dele un medio'e masitas, si tiene. ¿Tiene masitas?

—¡Y a lo mejor es fina!

Al tuerto esto le parece sin sentido.

—¿Y eso qué tiene?—replica sacudiendo un tarro de vidrio sobre el mostrador, junto a la media cara bondadosa.

Van cayendo pequeños bizcochos de formas diversas con coloreados ornamentos de azúcar.

Los pone en el suelo. Vuelve a acariciarla.

Al incorporarse, se dirige al extremo del salón donde el hombrecillo y la guitarra se han quedado dormidos.

—¡Héle!,—reconviene al sacudirlo, dándole el lado tuerto—. ¿Cómo es eso?

El borracho, antes de abrir los ojos, ha estrechado contra sí el instrumento como para huír juntos. Pero lo coloca en seguida en las rodillas. Y tiende una mirada inyectada en sangre, tristísima.

Puntea un poco. Cuando se compone el pecho le viene un golpe de tos. Se estremece todo. Recuesta la guitarra a la pared. Se incorpora trepidando.

Pasado el acceso, vuelve a su lugar enjugándose los ojos con la mano.

Su voz, que ha sido bella, surge ahora:

Cuando la suerte que es grela
fallando y fallando
te largue parao...

Los pardos se vuelven, porque mirando se oye mejor.

Cuando estés bien en la vía,
sin rumbo, desesperao...

Milonga, que ha husmeado las masas sin probarlas, se escurre por entre piernas. Sale en dos saltos y atraviesa la calle. Sube el escalón de enfrente donde ya no está la mujer acurrucada. Han cerrado la puerta.

Escucha.

Una cama comienza a crujir.

Desciende, entonces. Sabe por experiencia que, mientras cruje una cama, la puerta no se abre aunque rasguñe.

Viene uno de poncho, a caballo. Pero no dobla en el callejón, sigue de largo. Seguro a lo de Agueda, que está a la vuelta. O al boliche de "El Perro", que queda un poco más hacia afuera.

—¡Milonga! ¡Milonguita!

Acude.

Surge de un portal una mujer delgada y rubia en cuyo rostro mariposean las sombras. La alza en brazos y se mete con ella por un pasadizo que ilumina un farol desde el techo.

—¡Tres días! ¡Tres días, pícara!, — reconviene oprimiéndola contra el corazón.

La perra ha entornado los ojos.

La muchacha tiene un largo traje blanco, sin mangas.

Verás que todo es mentira,—

llega de la borrachería perdiendo palabras en el trayecto—.

verás que nada es amor.

Que al mundo nada le importa.

¡Yira, yira!...

Aunque te quiebre la vida
aunque te muerda el dolor...

En otra habitación interior se oyen voces. Una se destaca bronca:

—¡La plata tampoco tray la felicidad! ¿A qué decir que la plata...?

Por la acera, que hace años fué de ladrillo, como lo denuncian todavía cuatro o cinco fáciles aún al tropiezo, un hombre ha seguido a la joven y a la perra. Y entra en pos de ellas.

—¿Qué hacés? ¿Querés pasar?,—pregunta la muchacha al advertirlo, siempre abrazada a la perra, que ha abierto los ojos.

Trasponen la puerta de una alcobita con piso de madera hundido en partes. Hay, además de la cama, un ropero de espejo, dos sillas, una mesita. Junto a ésta, en el suelo, una palangana y un calentador a media luz con una caldera encima. Sobre la mesa, sentado, un rollizo muñeco de celuloide. En la pared, un cuadro de San Isidro, cuyo arado guía un ángel resplandeciente.

Se aspira una atmósfera de paja mojada.

El hombre pone el saco sobre una silla y ella la perra en el suelo.

Se oyen voces en la calle. En seguida, pasos de mujer, presurosos, por el pasillo del zaguán.

—¿Cómo te llamás?

—Margarita, ¿por qué?,—responde, ya desde la cama.

—Y... pa nombrarte...

Milonga decide echarse bajo la mesa.

—¡Bueno, pero sacá la perra, mujer!

Discuten. Luego Milonga es empujada afuera.

La puerta se cierra.

Milonguita, en la calle, otea la noche. La hunde al trote.

...Buscando un pecho fraterno
para morir abrazao...—

clama el tango desde el boliche—.

Cuando te dejen tirao
lo mismo que a mí
después de cinchar;
cuando manyés que a tu lao
se prueban la ropa
que vas a dejar...

La llaman desde los portales. Ella, buscando el medio de la calzada invadida por el pasto en grandes trechos, continúa imperturbable. Hay ventanas que han sido alargadas hasta abajo y ahora son puertas donde las prostitutas se independizan de sus patronas. Por una entreabierta, ve una mujer acostada. Debe de hallarse enferma porque, si no, a estas horas, no estaría bajo las cobijas y sola.

Llega al terraplén que limita el callejón, lo trepa. Se para entre los rieles de la vía. Suben de los campos vahos frescos, perfumados. Un ojo enorme avanza, retrocede, avanza entre jadeos. Un poco a la izquierda, el pueblo se puntea de focos amarillentos. A su derecha, las grandes sombras del Molino y de las barracas, más negras que la noche. Y de los bosques que ocultan el río.

Lanza un ladrido. Se escucha. Vuelve a ladrar... Ladra al silencio. Como quien escupe hacia abajo desde un puente.

Ahora desciende al callejón por donde vino.

Tendido entre una casucha y un rancho de mate-

rial y zinc hay un corralón con un hueco al medio. Dentro, a unas varas, se levantan dos piezas aisladas en el campito, bajo un ombú que ha rajado las paredes soliviantando los cimientos. Una de las piezas, con la puerta abierta de par en par, tiene dos bancos largos y una rinconera que soporta una lámpara como único moblaje.

La perra se asoma allí. No ve a nadie. Oye una voz conocida en el otro cuarto. Parándose sobre dos patas, rasguña la puerta que los comunica.

—¡Esa es Milonga, en fija!

Chirría una llave. El pelo en desorden, una mujer abre. Milonga se escurre hacia el interior. Hermosa golilla blanca se anuda al cuello un hombre, frente al espejo.



Ya ha dejado atrás la barriada. Va a quedar también a sus espaldas la charca de los sapos. Al trotecito, camino del regreso, su fino oído percibe de pronto un extraño rumor en la calma nocturna.

Se detiene.

Son como ronquidos, allá, entre el obscuro yuyal.

Husmea. Se aproxima sin recelo. Rodea el bulto tendido a lo largo en el pasto. Torna agitada al callejón. Regresa. En eso escucha un trote y un golpear metálico, isócronos, del lado del pueblo. Milonga sale al encuentro del sargento de recorrida. Se le cruza ladrando, corre hacia el yuyal, ladra, vuelve trabando casi al caballo, huye de nuevo y ladra, enloquecida.

El soldado detiene su cabalgadura. Vacila. Endereza al yuyal, la diestra sobre el revólver.

—¡Ah, mamao de los diablos!

Desmonta. Sacude al caído.

—¡Arriba! ¡Esto no es fonda!

—¿Qué hora es?,—arrastra el de abajo.

Abre los ojos. Ayudado, se incorpora. Recién entonces, con creciente abrumamiento, va comprendiendo el error padecido.

—¡Vamos! ¡Marchá!

El soldado monta.

—¡No, p'al Bajo, no! ¡Pa la Comisaría! ¡Cuidao con las piedras!. . . ¡Firme! ¡Firme he dicho!

El borracho se cuadra un instante y luego abre las piernas hasta mantener el equilibrio.

El soldado retrocede hacia el yuyal seguido por la perra. Allí descabalga. Encendiendo fósforos rebusca en el suelo.

Cuando el prisionero lo siente llegar, se pone tieso, cuadrándose. Y siente algo fresco, reconfortante en su afiebrada cabeza. Es el mustio sombrero chorreando agua.

—¡Marchá!

Milonga se pone junto al trastabillante despertado, dispuesta a un lindo paseo con los tres. Con su amigo, con el sargento y el caballo. No advierte que, entre el croar que se acentúa para luego irse debilitando hasta apagarse, los van arreando por el callejón.

—¡Juera! ¡Juera le digo!

Con estas palabras, en la puerta de la comisaría, el soldado de guardia le ha prohibido la entrada. Y allí se planta ella, perpleja. La raída vestidura de su compañero brilla a la luz, ahora, húmeda de sereno.

—¡Pa que saldrá, si güelve en seguida!

Esto lo reflexiona en voz alta el que, puro casco, espada y pantalones, hace guardia.

Rechinan trancas de hierro.

—¡Juera, le digo!

Como saca el machete, ella huye perseguida por un casco que ha rodado al inclinarse el enardecido usu-fructuante.

Tuerce, ya sola, a la derecha, veloz. Y a la cuadra se escurre por la cuneta de desagüe de un alto muro.

Da en un patio espacioso con un enorme ombú. Bajo un corredor bastante iluminado, hay tres puertas cerradas y una más pequeña entreabierta. A ésta se dirige. Corresponde a una cocina. Hay una mujer ya entrada en años que, sentada en un sillón, lee un libro lejos de los ojos.

—¡Che, Nena!,—grita al ver a la recién llegada—. Ahí tenés a tu hija!

—¿Eh? ¡Ya voy!

La voz que contesta, agrega, más bajo:

—¡Bueno, adiós! Y ya sabe la casa. ¡A ver si no se pierde!

Pasos enérgicos que se alejan por el corredor. Y pasos breves que llegan.

Surge una joven en la puerta de la cocina, arreglándose aún el pelo.

—¿Adónde andabas, mala? ¡Mire qué horas!

Y recibe de la mujer sentada un pequeño disco de lata a cambio del billete de a peso que le tiende.

Es hermosa. Tiene los ojos y los cabellos negros, la faz pálida, los labios acentuados con "rouge".

Ruído del gancho que mantiene entreabierto el zaguán.

—Hay gente. Póngale la bolsa en el cajón, así se duerme, ¿quiere?

La muchacha se inclina, pone el disco de lata entre la media y la carne, bajo la liga, y sale apresurada.

—¡Adelante!,—se oye su voz alejándose por el corredor—. ¡Pasen, señores!... Sí, está. Pero está ocupada.

Milonga observa el arreglo de su cama. El corazón le palpita con violencia, todavía. El casco aquel, rodando, era verdaderamente impresionante.

Se mete dentro, tranquilizándose. Y cierra los ojos, dichosa.

La mujer sonríe, Coge el libro, lo retira aún sonriente. . . Pero se pone seria, de golpe, al recobrar el hilo de la lectura. Y echa atrás la cabeza para alejar más el libro, ávida.



Junto al mostrador de lo del Tuerto, un gigantón habla del mundo en tono amargo. Es Bonifacio, el peón del Molino, ya duro de caña. Un mulato retacón, echada atrás la cabeza, no pierde palabra, asombrado y conmovido. En medio del pequeño salón, alrededor de una mesa llena de copas, hay un grupo de hombres de golillas negras, envueltos en sus ponchos. Son dolientes que han llegado de un velorio próximo. Allí también se bebía fuerte. Pero tomar siempre en un mismo sitio, aburre. Todos, menos uno, están achicados, silenciosos; como si, ateridos, se estuvieran calentando alrededor de un fogón. Alto, cubierto el rostro por una barba inculta, el "doliente principal" preside el grupo con aire grave, circunspecto. Desde dos días atrás, desde que llegó de su "puesto" del Cautivo llamado con urgencia, nada se ha hecho sin consultársele. Y esto satisface una oscura aspiración. Su sombrero tiene una cinta de merino negro más ancha que las de los otros, como que es de cuatro

dedos. También más que los otros está borracho. De cuando en cuando da una palmada en la mesa y exclama:

—¡Sí, señor!

Hace un momento el viejo de la guitarra cantó un tango. Los enlutados, acomodándose en sus sillas, habían quedado de cara al cantor.

Vida cruel y cobarde,
traicionera y feroz,—

reconvenía amargamente la voz cascada—

me has basuriao el alma...
Y después dicen que hay Dios!

El doliente principal experimentó un clarear en su conciencia. Como cuando cesa de pronto un viento fuerte y las cosas adquieren de nuevo su quietud. Su hermano, aun después de ser tendido en el cajón y de encendidas las velas, lo mantenía indiferente. Pero ahora, ahora sí, de golpe, comprende que está inmóvil para siempre. Que la tapa recostada verticalmente a una de las paredes del rancho, va a adaptarse justo al cajón. Y que ya no le verá más pasándose el dorso del índice por el bigote canoso. Un dolor profundo le estrujó la garganta.

—¡Sí, señor!,—repitió dando un golpe en la mesa. Luego agregó, compungido:

—¡Pobre el finadito mi hermano!,—achicándose al igual de los otros.

Pero se rehizo como si de su actitud dependieran muchas cosas importantes. Golpeó con fuerza las manos. Y mandó servir otra vuelta. Mas la música, no ya las palabras cuyo sentido perdía, los sonos de la guitarra, el acento del cantor, le provocaban una

tristeza infinita. Un catre de tientos, unos bancos en el "puesto" del Cautivo, extraviado en la inmensidad del campo. ¡Ah!, y un perro y un caballo... Y cincuenta años arriba del lomo. Eso era su vida, eso era todo...

—¡Sí, señor!

En una mesa próxima ha quedado cavilando el trovero, apoyado en su guitarra, entredormido. Arrinconado en lo más oscuro hay un indio bajito, hundido todo bajo un gran sombrero. Este indio está desde temprano de la noche, bebiendo. Empecinada, se le ha aparecido una imagen en la mente. Es la de una flor. La de una flor azul.

Era una flor azul...

Y su espíritu gira alrededor y no arranca.

...Él tuvo una flor en el ojal del saco. Era una flor azul...

—¡Güenas! Medio litro de caña. A devolver la botella.

...Era una flor azul. Tenía al medio una cosita blanca. Era...

—¿Cuatro riales? ¡Ta bien, güenas!

...Era una flor azul en el ojal del saco. Él se la fué quitando despacio. Hasta que ella alargó la mano. Pero al ir a agarrarla...

—¡Y cómo pudo ser de lindo el mundo!,—clama Bonifacio desde el mostrador—. ¡Pero todo está perdido! ¡No hay salida! ¡A ver, eche otra güelta pa todos! Y p'aquel de allí. ¡Usté, mozo!

...Era una flor... ¿eh, yo?... Caña chica... Era una flor azul... ¡Grande no, chica! ¡Salú!... Era una flor azul. Y ella tenía también azules los ojos. Y él un caballo de ancas...

—¿Hay guindao del güeno? Güeno, un cuarto litro... ¡Ay!, ¡y fósforos!

...Era una flor azul junto a aquellos ojos azules, llorando inmóviles, abiertos. Tenía un tallo largo... Y siguió hacia el arroyo, la sacudía en la bombacha al caminar. Cuando la alzó a los ojos...

—¡Sí, señor!

Y una mano cae suave, casi acariciante, sobre la mesa de los enlutados.

...Era una flor azul quebrada casi toda. La dejó caer... Cayó de la barranca... Iba hacia abajo, hacia el gran río, tendida sobre las aguas veloces, tirando de su tallo, la flor azul.

El de la guitarra se compone el pecho con antigua, inconsciente prestancia.

Y tiene que dejar la guitarra e incorporarse, trepidando. Se sacude. El pecho resuena a latas viejas encerradas en un cuero. Pasado el acceso toma asiento lleno de lágrimas. Rasga con un golpe seco.

Decí por Dios qué me has dao,—
canta,—

que estoy tan cambiao.
¡No sé más quién soy!

—¿No convidás? ¡Parecés un ombú!

Una fina mujercita, de verdes ojos vivaces, se le planta delante al solitario sombrero. Tiene un largo traje blanco, sin mangas.

El indio se acomoda en la silla.

—A pagar lo que guste.

—A ver, un anís. ¡Uff, estoy tan cansada!

Quedan mirándose en silencio un rato. Después,

—¿Qué decís?—le dice ella sin preguntar, con una sonrisa iluminada.

—... era una... Aquí andamo.

—¡Tenés una cara triste...!

Él fuerza una sonrisa.

El tango trata de elevarse, cauteloso, entre el catarro siempre en inminencia.

Ayer por miedo a matar
en vez de peliar
me puse a correr.
Me vi a la ombra o finao.
Pensé en no verte y temblé.

El tango gira en sus espíritus como viento entre hojas. Los ha juntado a todos menos al del indio. Cuando, sin saberse cómo, termina, el silencio se mantiene cual si aguardaran el eco.

—¿Vos has visto flores azules?—pregunta lento, casi con la garganta, él.

—¡Uff! ¡De todos colores!

—Son lindas, ¿eh?

Ella comprende que su compañero va a “quedarse” de caña. ¡Si lo pudiera arrastrar a su cuarto! Una “dormida” así casi no es “dormida”. Y paga lo mismo. En cuanto se acueste quedará como piedra. Y ella puede ir a otra pieza a trabajar allí. O descansar, dormir ella también... Como piedra.

—... Era una flor azul... ¿Pa tu cuarto? Ya anduve con una, ricién.

Ella no insiste. Apura el resto del vaso. Se incorpora.

—¡No te vayás! ¡Toma otra, pues!

—No. Hay que trabajar. No hay más remedio. Adiosito.

El indio queda solo. Pide otra caña. Y le parece que las conversaciones hubieran subido de tono. Le llega todo lo que dicen. Y el ruido de las copas que

se enjuagan en un tarro. Se ha alejado de sí mismo y no consigue volver. Todo se ha ido con la mujer a quien no desea, sin embargo. No la desea pero se hace preciso estar con ella; acostarse con ella si es necesario. Ella tenía razón. ¿Si no se le acuestan cómo va a vivir?

Se incorpora con trabajo. Paga de pie. Tambaleando, las piernas abiertas, sale.

—¿En cuál de aquellas luces estará?

Recorre, ansioso y dándose contra las paredes, el callejón. Escudriña. Inquieta. Vuelve.

—¿Una toda de blanco?—repite en el portal, a carcajadas, la mujer. Y grita hacia el interior:

—Ché, Margarita, a ver si sos vos, vení.

Se abre una puerta.

—¡Oh!, ¡quí andás haciendo!

¡Es ella!

El indio entra penosamente, los ojos como pescado.

Lo mima ella.

—¡Se ha cargao el hombre! ¡Bueno, entre!

La puerta se cierra. Ella coloca la caldera sobre el calentador. Sin querer ha movido la mesa, y el muñeco de celuloide se cae de costado. La joven lo sienta hablándole como a un niño.

—¡Pobre m'hijito! ¿Se pegó fuerte? ¿Eh?

Después de quitarse las botas lo demás es fácil.

Se acuesta por fin. Y bien junto a él se tiende la muchacha.

Al cabo de un momento ella se sorprende a pesar de sus previsiones. Él no se mueve. Como si se hubiera quedado dormido al abrazarla, al pegarle la cara contra la cara, con los ojos abiertos, de pescado. ¡Y sin embargo, dentro del ropero, bajo llave, están los cinco pesos...!

... Era una flor azul. Era una... ¡Era un amor inmenso! ¡Era una mujer que no era india!

—¡Ay, querida,—dice el indio sin moverse ni presionar los brazos—. ¡Ay, mi querida!



¿Cómo es que, a pesar de ser lunes y ya cerca de las once, andan aún dos muchachas por la plaza principal del pueblo? No hace frío, la noche es serena y alta, pero, aún así, ¿es posible que dos mujeres, ni en el mejor de los casos, acompañadas por un hombre, paseen en la plaza, los lunes, cuando las once se acercan? ¿Quiénes son la rubia esbelta, la regordeta y morena que exteriorizan con tanta audacia su rebeldía?... Pero, ¡ah!, no. No es por oposición a las tradiciones que, ya cerca de las once de la noche, andan dos jóvenes hoy lunes. Se advierte bien ahora porque, si bien están violando una costumbre inflexible, no caminan alrededor de la plaza, como lo haría un verdadero iconoclasta, sino en un espacio en ángulo recto de treinta metros de lado que limitan avenidas laterales. Esa norma ineludible que, en los días festivos, cuando la gente apiñada se estorba, obliga a anchas filas fuera de la vereda, sobre el balasto rojo de la plaza, esa norma es respetada. Además, ¡si están nerviosas! Sobre todo la regordeta. A cada momento, cuando lo permiten los plátanos que bordean la acera, ella ojea furtiva el reloj de la torre de la iglesia enfrentada a la plaza. Dentro de cinco minutos este reloj, demasiado tremendo para el pueblo, —tanto que en tiempo calmo desensimisma a varias leguas,—dará las once.

Las dos muchachas apresuran el paso. Llegan has-

ta donde hay que llegar en la vereda, vuelven sobre sus pasos hasta el otro extremo establecido, tornan. . .

—¡Y nos vamos! ¿Qué vamos a hacer? ¡Ya van a ser las once!

Es la gordita quien habla. Le parece que los plátanos son compasivos monstruos con los brazos alzados de desesperación al verlas allí ya cerca de las once, ¡hoy lunes!

—¡Pero Martín dijo que lo hallaría!

—Sí, pero. . .

Y en eso se escucha un alto ruido como de cadenas. Y se abren en el silencio tremendos campanazos.

Un hombre cruza la calle hacia las abrumadas. Es alto. No tiene treinta años.

—¡Por Dios, Juan Carlos! ¡Ya son las once y nosotras, por tí, en la plaza, todavía.

—Pero, ¿qué pasa, Lala?

Mientras pregunta, ha estrechado la mano de la regordeta, que está muda.

—¡Que has dicho que no irás mañana al cumpleaños!

—¿Y?

—Y Olga lo supo. ¡Y está!. . .

—¡Será puro mujeres! ¿Qué voy a hacer allí?

—No se trata de eso. Que los amigos no vayan, está bien. Pero tú. . . ¡Eres malo con ella, Juan Carlos!

—¿Y me quieres hacer creer que soy su novio?

Ha alzado la cabeza y los ojos le fulguran.

Pero los ojos de la rubia, claros ojos, arden también.

—¿Y me vas a hacer creer que no la quieres?,— repregunta con rabia.

Ha erguido enfurecida su cuerpo turbador.

La mirada del hombre se atempera. Permanece un momento silencioso.

—La quiero, sí,—dice después, triste—. ¡O yo qué sé! Pero...

Ella da a sus palabras un tono mimante.

—Bueno,—interrumpe—. ¡No seas así! Yo le diré que irás. Y tú, mañana, eres el primero en llegar. ¡Acompáñanos!

—Pero es que yo...

—Usted tiene que ir. Ya lo dijo. Y un hombre debe tener palabra. Y a otra cosa...

Ya han salido por fin de la plaza. Puertas cerradas a la calle vacía. Duermen.

—... ¡Anoche te peleaste con uno! ¿Estás loco, Juan Carlos! ¡Qué dirá la gente! ¡Mira si Olga se entera!... ¡Hay que tener más juicio!

—¡Ah sí! ¡Me iba a dejar provocar!

—¿Y para qué andas por ahí? ¡Eso es muy feo!

La calle por donde van tiene, ahora, árboles en la acera, oscureciéndola en círculos.

—Es mejor que andar por aquí...

—¿Por el Centro?

—¡Claro que sí!

La voz de la joven tiene una extraña resonancia cuando dice, entrecortada, al cabo de un momento:

—¡Me parece que tienes razón! Mira, Juan Carlos, si yo fuera hombre...

—¿Qué, Lala?

Por primera vez en lo que llevan caminado él mira a conciencia aquella espléndida hembra.

—¡Ay, Juan Carlos, si yo fuera hombre sería como tú!

—¿Y pelearías con indios?—bromea él por alejar el silencio que está a punto de hacerse.

En vez de contestar ella reconviene:

—¿Por qué te apuras?

Él saca un cigarrillo. Se detiene al encender. Y aminora el paso.

Lala guarda silencio. Juan Carlos se dirige a la otra.

—¿Usted va mañana al cumpleaños?

—¡Sí, cómo no!

—Y su novio, ¿ha venido a verla?

—¡No, pobre! ¡Tan lejos!

Concepción ha llegado del campo a pasar una temporada con su prima. Allá, en la lejana estancia, se hizo de un novio estanciero. Y, ahora, todos los hombres le parecen mejores que su novio, a quien quería y quiere, sin embargo. Por eso, la regordeta está tan triste desde que llegó, y acoquinada.

Lala lleva erguida su rubia cabeza, prietos los labios ligeramente abultados aún así. Como camina aproximando los omóplatos le surgen más los senos firmes.

Van callados ahora hasta que llegan.

Lala sólo dice al abrir el zaguán:

—¡Bueno, adiós!

Juan Carlos desanda. Meditabundo. Cada vez más sombrío. Entre chatas casas cerradas.



Ya se desvistieron. Concepción, sentada en la cama, espera que la otra termine por fin de despeinarse. Está frente al espejo. Es innecesario el lento y largo pasar del peine. Pero continúa. Aparece a intervalos la mancha de la axila, el nacimiento de los senos bajo la camisa de noche. Se ha lavado y el rostro está más pálido. Pero los labios apenas si han perdido el color. Se contempla, fijos los ojos, el alma au-

sente aunque atada a la imagen. Cuando, bruscamente, comprende que ya no es posible despeinarse más, revuelve aún entre los botecillos del tocador. Luego abre su cama y se acuesta, también.

—Concepción, ¿tienes sueño?

—Regular.

—Yo también. Buenas noches.

Y mueve la llave de la luz.

Al momento funda un codo y apoya la cabeza en la mano.

—Olga está loca por Juan Carlos,—oye Concepción en la obscuridad.

—¿Sí?,—exclama entonces.

—¡Sí, loca! Y él... él, en el fondo la quiere. Pero, ¡yo qué sé! ¡Es tan extraño! ¡Ah, es extrañísimo! Cuando se enoja es un león. Y tiene... mujeres, ¿sabes? ¡Claro que eso no lo sabe Olga!... Ahora vive con una que le dicen la Nena.

La gordita experimenta un interés consumidor.

—¿Es linda?

—¡Lindísima! ¡Esa sí es linda!

—¿Y quién te cuenta eso?

—¿Quién va a ser? ¡Pancho! Yo le saco cosas... Pancho sabe todo porque también hace de las suyas. Pero Juan Carlos las hace en grande. Todo en él es así. Es más bueno que todos. Es más malo que todos.

—¡Oh! ¿Es malo?,—salta Concepción acuciada por la curiosidad, mientras la imagen de su gaucho amor se cae de espaldas.

—¿Estás loca, muchacha? ¡Qué va a ser malo si es un santo!

—¡No, ya sé!... Yo quería decir...

—Y no es que lo diga yo. Todos, todos lo dicen.

Pero... ¿Sabes?... ¿sabes?... se enoja... ¡y adiós! Se lleva todo por delante. Entonces da miedo verlo. Se le arruga la frente, se le ponen los ojos como brasas...

—¿Tú lo has visto?

Concepción está sedienta de asombros.

—¡Yo no! Pero me lo imagino...

Y agrega en brusca transición:

—Yo tengo que arreglarlo con Olga... ¡Ella es tan buena! ¡Yo la quiero tanto! Y él... me hace mucho caso.

—¡Y es linda Olga, ché!

—Buena, más que linda. Lo que se dice linda... linda... no es. Pero ese aire... esa bondad...

Comienzan a rodar por sobre el pueblo, hacia los campos, recónditas campanadas.

—¡Jesús! ¡Mire qué horas, y nosotras todavía despiertas!

Exclamado esto, Concepción se tapa hasta la cabeza.



Erguido el cuerpo, gacha la frente, Juan Carlos entra al café.

Un jorobadito, al verlo, se levanta sonriente de la mesa en que está con varios indios.

—¿No precisa nada?,—pregunta estirando la garganta para mirarlo.

—Andate con tus amigos. Quiero estar solo. Pidan de tomar.

Se sienta en un rincón, en la penumbra. Una mueca va acentuándosele. Retira del bolsillo un ajado papel. “Me despido como aquél que tú conoces:

¡Adiós, soy ahora un ser inmortal!", vuelve a leer.

Es la última carta del joven que, allá en Córdoba, se abrió la frente de un pistoletazo.

—¿Y con esto qué hago yo, eh?,—pregúntase rabioso.

Le han traído un vaso de caña. Se lo vuelca. Se ha puesto iracundo. De buena gana descavaría la fosa y sacudiría al muerto. Este deseo, al nacer, antes de concretarse en imágenes, ya lo amarga y lo amilana. Pero, como por inercia, bajo el influjo de un enión, la escena se le representa. Y saltan a un tiempo un seco sollozo suyo y la cabeza del cadáver. . .

No lo han oído. Inseguro, sin embargo, no atreviéndose a mirar en derredor, tose, carraspea.

—¡Soy una bestia! ¡Pobrecito!

Una niebla sedante va envolviendo su pensamiento. Bajo tragos ahora espaciados, comienzan a surgir en la mente visiones pasadas. Cuando, después de años de estudios en Montevideo, regresó al pueblo, estaba vacío, laxo y sin madre, ya. Luis María era un niño al salir él. Ahora se había transformado en un adolescente con cara de marfil antiguo y grises ojos febriles. Reconoció en su campaña el Bajo, las "cachimbos". Lo siguió hasta los garitos, donde el muchacho hacia temblar el corazón de acero de los timberos avezados. Cuando el mal que en secreto iba minando el pecho hizo crisis en el joven, Juan Carlos lo acompañaba todas las tardes. Se sentaba a su lado y lo veía morir. Su piedad acrecentó el cariño. Por distraerlo, narraba imaginadas, estrafalarias aventuras en las tabernas y los callejones del Bajo. Para suplir la imaginación comenzó a llevar libros. En los alces del muchacho hasta llevaba discos. Quería envolverlo en una atmósfera pura y esperanzada. Y trató de recor-

dar lo que, en sus años de estudio, había aprendido y no del todo olvidado, aunque no pensaba ya nunca en ello. Como era honrado e inocente, había dado fe, sin examen, a cuanto le enseñaron. En la actitud de aquel noble mozalbete de Francia que decía a su profesor de matemáticas: "No os comprendo, señor. Pero os creo porque sois un caballero". Además, ¡eran cosas tan bellas! Las revivía con nitidez junto al muchacho. Tenía éste una extraña acción, ahora, tendido en el lecho, exangüe, silencioso y ávido. A su presencia, le subían a la memoria evocaciones claras. Habían estado dormidas en su conciencia sin que él se introdujera allí a despertarlas. Y abrían puras y cristalinas las alas a su alrededor. Las veía flotar, las sentía contempladas por el muchacho arrobado y ya casi sin voz. A veces se complacía en improvisar sobre ellas, y se alejaban en corazonados desarrollos hasta la más aguda tensión del espíritu. El dulce moribundo cerraba los ojos. Para seguirlo mejor, para no perderlo. Pero más tarde, en los bodegones del Bajo, en la soledad desamparada de su casa, frente al retrato de su madre, en ocasiones, esas ideas, esos sentimientos a los que había abierto de par en par, con candidez, el alma en su extrema juventud, fueron encarados por primera vez. Y otras experiencias, otras meditaciones hundidas también, sin el menor contacto jamás con aquéllos, comenzaron a surgir furtivas y a oponérseles. Comprendió que, en otros tiempos, había descubierto cosas en las que no creyó, sin embargo, o en las que no quiso creer y olvidó pronto porque era en aquel entonces demasiado joven y fácilmente horrorizable para soportarlas. Se habían hundido, todos, en un pozo, perdiendo su sentido. Para irrumpir ahora como exigiéndolo, como

obligándolo a decidirse. Eran fantasmas tétricos, desoladores, manchantes. Sacudían aquellas construcciones armoniosas que antes amara con fe, las zamarreaba cual si hubieran estado asentadas en el aire. Y había un desmoronamiento de blancuras. La Verdad negra y yerta no dejaba nada en pie. Y se escurría ella, ella también, ya sin formas, dejándolo solo, hacia un pozo insofrible cuyos bordes son más anchos que la conciencia humana. Claro que, junto al adolescente encendido de fiebres y de ansias, se libraba muy bien de contar lo que pasaba en su espíritu. Mantenía el engaño. Seguía desde abajo agitándole ante sus ojos visiones espléndidas. “El amor es una escala por la cual ascendemos,—decía haciendo dulce su voz—. Dios está cerca cuando estrechamos la mano de un amigo, cuando el hijo mira a la madre, cuando los amantes juntan sus labios. Pero hay más, todavía. Y el alma sigue, de amor en amor, hasta allí donde se entrega en cándida e infinita beatitud”. Así hablaba hasta desvanecer al muchacho en una amorosa, ciega languidez. A veces, con esa irascibilidad que le ha hecho dar y recibir muchos golpes, sentía arranques de echarse sobre él y gritarle en los oídos: “¡No creas lo que te digo! ¡Es mentira, idiota! ¡Yo por mi cuenta puedo inventarte cosas tan lindas como éstas...! Una cosa es el deseo y otra la verdad. Mientras se piense con el deseo no es posible conocer nada, porque el deseo toma la delantera”. Entonces, remordido de su impulso, compadecido o necesitando creer a su vez, aunque fuera un instante, se impulsaba en una idea hermosa y se cortaba solo. “Dios es el Bien, es la Belleza...”. Y ponía un disco en la ortofónica. “Dios va a surgir de aquí, de junto a Beethoven. Cierra los ojos. Yo también cerraré los

ojos. Y subiremos juntos". Entonces Beethoven le parecía más desolado y abandonado. Aquel amor que brotaba de la música, subía, bajaba, giraba y no conseguía aproximarse a nada. Y tan intenso amor posábase en la tierra, la abrazaba llorando y se quedaba mudo. O estallaba en coros de alegría que eran el nuevo renacer de los deseos, el empecinamiento en la esperanza. Pero Juan Carlos distinguía entre lo que era ansia creadora y lo que puede ser verdad. Subiendo, girando, descendiendo como la música, andaba su alma otra vez anhelante. Y posaba también en el mundo. Él se sentía besar la tierra como se besa a alguien en medio de hostil soledad: en un recíproco compadecer, en una mutua representación del fin de ambos. Y, mientras, su memoria traíale las frases más luminosas para el muchacho agonizante, como quien, a medida que se hunde, va estirándose hacia arriba y subiendo las manos. En varias oportunidades vió a su amigo en el límite mismo de la vida y la muerte. Y emerger como buzo. Abriendo la boca para juntar más aire. Entonces, ante la inminencia del fin, hasta los tétricos fantasmas de su espíritu temblaban de angustia. Hasta ellos mismos dejaban de ser algo negador para abrazarse también gemebundos, a las blancas visiones maltrechas. Pero Juan Carlos mentía como un actor. Se paseaba por el cuarto, acentuando sus palabras con ademanes armoniosos. Hacía lleno de matices el timbre de su voz. Y cuando las angustias físicas de la falta de oxígeno pasaban, el muchacho bello y pálido, de espaldas en el lecho, entreabiertos los labios en actitud de entrega, daba su espíritu a la inculcada idea de la muerte. Y gozaba con ella febriles delirios. Entonces Juan Carlos se apresuraba con cualquier cosa de las que tenía

a mano. “¡Oh, mira cómo el Dante va ascendiendo a través de las esferas!” Y una voz, ya cada vez más fuerte en su conciencia, le gritaba: “¡Sí, en el deseo! ¿Por qué te olvidas que él murió rabiando?”. “¡Mira cómo asciende!”—seguía él—. “Allá los coros de ángeles, la Rosa Mística y la beatitud!”—decía dando al rostro un aire transfigurado, al tiempo que se le helaba el corazón.

Y ahora, desde el sanatorio de Córdoba donde se operaba el milagro del restablecimiento, la carta atroz como un marronazo en la cabeza; como otro pistoletazo en la cabeza.

“Yo ya estuve al lado de la Muerte, en las orillas de la Muerte. Ahora, en la vida, me siento un desterrado. Nada tiene ya objeto para mí. La ausencia no me hizo olvidar lo que me enseñaste. El trasmundo que me abriste, me llama. Te quiero más ahora que nunca, al perderte. A tí te debo todo. Siento en este instante, repetidas con tu acento, aquellas palabras aladas de tus lecturas: “Huyamos hacia esa patria divina”. Para peor, mi salud mejoraba en forma definitiva. Y podría vivir muchos años, como los otros. No, quiero volver a “admirar aquellas esencias divinas”, de que me hablabas,—“aquellas esencias llenas de calma y beatitud que se desenvolvían en el seno de una luz tan pura como nosotros mismos”. Juan Carlos, me despido como aquél que tú conoces: “Adiós, soy ahora un ser inmortal”. Y te digo, al partir: “¿Cuándo estarás conmigo en el Paraíso?”

Juan Carlos bebe la caña. *Elí, Elí, ¿lammá sabachthani?*, (1) recuerda. Y el frío le cala los huesos.

(1) En sirio-caldeo: Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

—¡Pero querido! ¡Si Jesús se asustó!

Los ojos se le agrandan.

Él es el culpable. Ahora, recostado a la pared del café, lo ve. Por un hueco negro de la frente le sale un chorro negro sobre la cara. Y le habla. Le dice sin rencor y con amargura: “¡Me has muerto, Juan Carlos!”. No dice más. Pero eso tiene muchos significados para el que está vivo: “¡Me robaste!” “¡Me has estafado!” “¡Quiero volver atrás!” “¡Quiero vivir, llorar, amar!” “¿Qué es esto tan estrecho?” “¿Qué es esta tan horrorosa soledad?” Significa: *¿lammá sabachthani?*

Una mano que se le posa en el hombro, lo hace estremecer.

—¿Qué tal, Juan Carlos?

Es un joven de su misma edad. Toma asiento a su frente. Y pide de beber.

—¡Oh, Martín!

Y aferrándose a otra idea que le cruza, aunque es asimismo dolorosa, pregunta, con tal de salir de lo que lo ahoga:

—¿No has ido a ver a la Nena?

—Estuvimos con Pancho esta tardecita.

—¡Pobre Nena, tan buena! ¡Ay, Martín, yo soy una bestia!

—Yo no sé si volverme a arreglar con la Coca. Me mandó buscar, ¿sabías?

Lo dice el recién llegado por cambiar la conversación. Pero, en seguida, siente necesidad de hablar de eso.

—Y... arreglate.

—En el fondo ella me quiere. Yo estoy seguro.

—Y...

—¿Te parece que no será feo... después de tantas cosas? ¿Que no estará mal que...?

De la mesa del jorobadito, agraciada con otra vuelta, llega un triple ¡Salú! a copa alzada.

—¡Salú!,—contesta Martín levantando su vaso.

Juan Carlos bebe un trago. Enciende un cigarrillo. Echa una humada y se queda mirándola.

Martín no osa hablar.

Al cabo de un rato, Juan Carlos, que entre sus pensamientos halla sin querer el hilo de la conversación, arguye:

—A la Coca le hacés un bien arreglándote con ella. Y el bien siempre está bien aunque esté mal. . . ¡Digo yo!

Luego, cambiando el tono.

—¿No tiene machucones?

A pesar de lo extemporáneo de la pregunta, Martín sabe a quién se refiere.

—¡No!,—dice sin pensar. Y luego, ya consciente: —No le ví,—agrega.

—Quizá se peló los codos. . . ¡Y la alcé! Así, con una mano. La alcé del pelo. ¡Qué bárbaro!,—continúa doliente—. ¡Soy una bestia! ¿Y se tiene derecho a leer algo, a pensar, a inquirir algo cuando se pega así, ¡ves!, y después se enreda el pelo entre los dedos y se alza? ¿Quién ha de responder a un corazón sucio?

Se yergue agitando los brazos, enfurecido. Parece, así, más alto, muy alto.

Vuelve a caer en la silla. Sus palabras, ahora, al otro muchacho le parecen pronunciadas en un idioma desconocido que sólo consiguiera estremecerle, crecientemente, una inquietud opaca y dolorosa. Igual a una fuerza que lo sacudiera de abajo como una vara.

—¡Y soy bueno, sin embargo!—gime al rato, hun-

diendo la cabeza en el pecho, tal cual si una mano gigante le agarrara desde la cabeza a la espalda oprimiendo hacia abajo. Pero se libera. Se estira.

—¡Me estoy matando! ¿Dónde está mi sentido, mi sentido, mi sentido!

Su brazo se alarga hacia adelante. Y se vierte en la boca el vaso de caña sin tocarla con los labios, la cabeza tendida hacia atrás como quien se degüella.

—¿Qué vida es ésta, Martín! ¿Qué hay que hacer, Martín!

El otro se debate como atado a un potro.

—¡Pobre Martín!—exclama asaltado por una súbita compasión—. Te entristezco más con estas cosas, ¿verdad?

Sus ojos están húmedos.

—¡No digas eso! Yo estoy triste, sí, pero no por mis cosas. Por todo eso que dices y que no entiendo. Por lo mismo que no soy capaz de . . . de comprender bien . . . tendría que agradecerte de rodillas que me hables como si fuera igual a tí.

—¡No, si yo sé que no debo hablarte de esta manera! ¡No debo! ¡No debo! Pero necesito hablar, hablar a alguien . . . Y tiene que haber algo que mantiene nuestra esperanza. Pero eso de tener esperanza sin saber en qué, es más horrible que no tenerla. ¡Ay, Martín, a veces yo quisiera que todos los que amo se murieran de golpe!

En el corazón de Martín un monstruo hace con su puño lúgubre badajo.

Y en ese instante, del extremo de la taberna, llegan los sonos de una guitarra. Por la atmósfera cargada de caña y humo se abre paso un huaino. Tímido, inocente, azorado. Hace la idea de una presencia candorosa que se ha enfrentado, sin comprenderlo, a una

presencia irremediable como la muerte. O cual si un recién nacido por llorar sonriera.

Juan Carlos trata de contenerse. Hasta que no puede más.

—¡Ay, vamos, que me ahogo!

Salen mudos.

—Yo voy hasta lo del Tuerto,—dice de pronto, deteniéndose, ya entre las últimas luces del pueblo—. ¿Por qué no vas a acompañar un rato a la Nena, si no hay gente?

Después de un trecho se separan.

—¿Nos vemos más tarde?

—¡No, no! Quiero estar solo, ahora... Me iré temprano a casa.

Juan Carlos avanza aún. Luego dobla a la izquierda, sintiendo los ladridos de un perro que sus pasos despertaron en un rancho a oscuras.

Enfrente, ahora, a lo lejos, el callejón del Bajo, la puerta amarillenta del boliche del Tuerto. Y algún fulgor más débil.

Hacia los campos invisibles cruzan el aire recónditas campanadas.



El Bajo es el desahogo del pueblo. En sus prostíbulos se desvían y se extinguen las llamas de la pasión que, de otra suerte, podrían causar estragos. Allá, arriba, en el Centro, las muchachas pasan, sin peligro de su honor, los mejores años, los que bullen en las venas como enjambre, mirando sus días solitarios y sus faldas vacías; con la imagen del novio al que penoso ahorrar va acercando lentamente, tan lentamente, de manera tan extraña al amor, que lo transforma en vulgar cosa acostumbrada.

El Bajo es el vaciadero. Se desprenden los mozos de una moneda y un ansia y suben hacia sus moradas ya apaciguados. Para seguir en medio de sus cuatro sueños cortos y su vida larga.

Esto asquea. Este pagar e irse, este saldarlo todo con cinco reales o un peso! La vida de la prostituta se hace vida recién con el "macho". El "macho" es el semejante con quien la soledad se prolonga; que permite pensar en alta voz; ante el que no se está obligada a ocultar una pena; con el que es posible ser débil, digna, más femenina: ¡sentirse ella misma alguna vez! No es imposible verla enrojecer ante su amante al sacar un preservativo exigido por el cliente escrupuloso que espera en el otro cuarto; apartarse de él para arreglar la liga, después de haberse desnudado diez veces en la noche ante ojos siempre renovados; dar un rodeo para no pronunciar una palabra infame... Además, él constituye su apoyo frente a la patrona, siempre ávida de ganancias, al Comisario enamorado, al milico extralimitante y al "patotero" compadrón. Allí donde la Ley no la ampararía, está otra Ley, la del cuchillo, que ha hecho siempre menos víctimas porque es más humana, ya que para ser juez no se sube a un estrado sino que hay que pararse frente a otro cuchillo. Lo que hace la sanción más digna; lo que le da ingerencia al Juicio de Dios.

Y por sobre todo, el "macho" significa esa preocupación por alguien, necesaria al ser humano. Restituye criatura lo que los otros vuelven bestia. ¡Tener por quién llorar, por quién escrutar el destino; hacer mil sobrecogientes conjeturas ante su demora; sentir violentos pálpitos al ruido de unos pasos... ¡compadecer la vida! Vive recién, entonces, puesto que

ama, gracias a él, el único. ¡Y con qué dicha que la amiga consigo misma espera en el lecho donde él no se ha de levantar en seguida, como los otros; donde lo contemplará dormido, donde lo despertará con un beso alguna vez!

¿Algún golpe? ¿Algún arrastre del pelo?

No es condición de una clase. Es condición humana. También con gritos y con miradas se golpea y se arrastra. Y para esta clase de víctimas no existe la salvadora oportunidad de una fuga o de un cambio de hombre. Porque están atadas por un documento ante testigos. A veces, también, por unos ojos infantiles.

El sentimiento meramente sexual se atenúa en la prostituta hasta casi atrofiarse, en ocasiones. Cuando el amor nace en ella es más espiritual que el de allá arriba. Porque más que a su hombre, es al alma de su hombre lo que abraza quien vive "vendiendo la vida", como dicen aquí.

Y no puede afirmarse que este amor es menos duradero. Porque las mujeres de otra condición sienten seculares mordazas cada vez que piensan en estas cosas.

El Bajo es un vaciadero, sí.

Pero, también, es un refugio.



Las patronas Iracema y Zulema, calle por medio sus prostíbulos como protegiéndose recíprocas, son las únicas que se atrevieron a asentar sus reales entre el caserío del pueblo. A pesar de eso, arrastraron con sus usos y costumbres la descendida región de donde llegaron. Para los pueblerinos, las dos casas enclavadas en la falda de la colina siguen perteneciendo al

Bajo. Se está, pues, en el Bajo, sin pisarlo, con sólo tocar en algunas de las dos "pensiones". Y hasta las gentes honestas que viven aún más próximas que ellas a la barriada infame, si miran hacia arriba y distinguen las fincas de las dos patronas, se dicen: Mirá el Bajo.

Milonga duerme en el para ella mullido lecho de una arpillera doblada en un cajón de fideos. A Zulema, siempre leyente lejos de la lámpara y del libro, acompañan la Nena y otra joven. Ésta es muy delgada. Y la palidez de su tez resalta gracias al traje negro que la ciñe. Sólo tiene pintados los labios. Se llama Julia. Zulema, de cuando en cuando, gesticulante, ha detenido la lectura.

—En los libros,—reflexiona en alta voz,—cuanto más triste más lindo. En la vida, más feo. Es una cosa muy tremenda. Sólo Juan Carlos puede explicarme esto.

Torna la cara hacia la Nena.

—Haceme acordar,—recomienda.

Ya va a entregarse otra vez a leer. Pero la Nena, aun sabiendo el alcance que la otra da a su recomendación, pregunta lo mismo, ansiosa.

—¿Cómo dijo?

—Que me hagas acordar.

—¿Pero cuándo, si estamos enojados?

—¡Cuando te arregles, mujer!

Y reanuda la lectura.

—¡Ah!, sí, entonces sí!...

—¡Boba!,—salta la otra joven al verle la expresión—. Ni que no se fueran a arreglar más!

—Sí... porque total... ¡me pegó por nada, no más!

Su pecho palpita. El llanto contenido le brilla en los ojos.

—La culpa tiene una,—dice Julia, la pálida, la ceñida de negro—. Arreglarse con un hombre sabiendo que no se puede llegar a un fin. . . Somos unas bobas. Nosotras no. . .

—Sí, pero una quiere y ¿qué va a hacer?

—Por eso digo. Yo también una vez. . . ¡Ay, qué cariño, Nena!

Y posa la manita sobre el seno aun túrgido. Entorna un momento los ojos.

—Fué en Santa Rosa del Cuareim. Él era argentino. . .

—Juan Carlos tiene ya veintiocho años.

—¡Ay, qué cariño, Nena!

Suena la media hora en el reloj del pueblo. La pitada de un soldado rasga el silencio.

—Y aunque nos quieran, al fin, nos dejan,—prosigue Julia—. Y una siempre con ese miedo; siempre con el Jesús en la boca!. . . Se llora más de amor en el Bajo que en el Centro, esa es la verdad.

Zulema, que está con la atención repartida entre el libro y lo que conversan, interrumpe:

—¿Amor? ¡Ya no hay amor! ¡Todo es materialismo!

Las jóvenes rameritas se han quedado sorprendidas de afirmación tan rotunda.

—Yo las veo a ustedes,—continúa la patrona—, las veo y me río. ¡Amor! ¡Amor había antes! ¡Y qué hombres antes. . .! ¡Se mataban por nosotras! Andaban siempre a puñaladas. Y la policía no se atrevía a acercarse, de noche, al Bajo, sino en partidas. Ahora, un guardia civil lleva preso al marido, al amante y a la mujer. . . ¿Pero qué saben ustedes de amor? . . . ¡Hay gente en el zaguán!

—¿Pero usted cree, señora, que. . .!

—¡Ya no hay amor, he dicho! ¡Y se acabó! ¿No están sintiendo que les dije que había gente?

Recién entonces perciben claro rasco de espuelas en el corredor.

Detrás de Julia se asoma la Nena. Hace un gesto contrariado porque, sin saberlo, esperaba a Juan Carlos. Se sobrepone. Y le sale con la otra al encuentro.

Es un joven de poncho, de ojos pequeños y vivos, lampiño como un indio. Debe de tener el caballo en la puerta porque trae rebenque en la mano.

—¿Querés pasar a la pieza?

Ambas hacen la misma pregunta. Él, que ha clavado los ojos en la Nena, le asiente con la cabeza, sin dejar de mirarla. Comprende que esta mujer es más hermosa que todas las que ha visto en sus recorridas por el Bajo. En vez de perder el tiempo, se debe venir derecho a las "pensiones". ¡Qué bien le sienta el pelo negro derramado sobre los hombros, enmarcando esa mirada tan dulce! Parece...

—¡Qué lujete,—piensa emocionado—, andar con una mujer así!

Ella le ve el rebenque en la diestra.

—¿Querés entrar el caballo y atarlo al ombú?

—No. Ta maniao. Vengo por un momento, nomás.

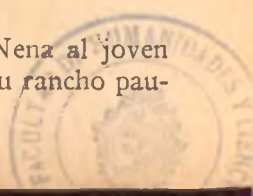
Sigue a la Nena y entra a una alcoba débilmente iluminada. Ella mueve el mechero de la lámpara y la luz se difunde.

La habitación tiene una ventana a la calle. Pero debe permanecer siempre cerrada porque la policía no la consiente abierta. De día y de noche. Siempre. Hace ya tiempo, cuatro años a lo menos, durante toda una primavera y un verano se abría esta ventana y aparecía en ella una mujer hermosa y pálida. Tenía los cabellos negros, los ojos azules, ojeras muy hon-

das. Al llegar el otoño, tras los cristales, veíasela aún, cada vez más blanca. A su lado, a veces, surgía un hombre todavía joven, de cejas contraídas y rictus apenado. Una noche, quien pasaba por la calle pudo advertir ese perfume penoso que adquiere el olor de las flores al fundirse con el de los cirios. La casa fué deshabitada. Trizaron sus vidrios las pedradas del chiquillerío. Hasta que cierta mañana, muy temprano, abrióse de par en par la casa. Pintores hicieron su tarea. La ventana ostentó alegre color verde. Y uno a uno fueron colocados nuevos cristales. Pero tras ellos ya no se vió otra cosa que los postigos, también verdes, ahora. Porque la casa había sido alquilada por Doña Zulema. Y sobre todas las casas que ella ha alquilao desde hace veinte años, es decir: desde cinco después de huír de la suya, pesa terminante prohibición policial de abrir las ventanas. Entre las rejas y los balcones floridos y con muchachas, siempre los postigos verdes.

A los lados del lecho de dos plazas hay sendas mesas de luz con floreros muy cucos, desde los que, sobre tallos de alambre, asoman corolitas de papel. Al medio de la pieza, una mesa cubierta por un tapete. Allí el cliente sin prisa y con dinero puede beber a solas con la mujer. En un rincón, otra mesa más pequeña. Sobre ella, una botella, un calentador a kerosene... Y frascos, cajas, botes de uso femenino. En otro extremo un biombo verde evita ver una palan-gana y un balde. Un gran rópero con espejo y dos sillas completan el mobiliario. Y por sobre todo cae la luz de la lámpara que una pantalla suaviza en celeste.

A esta habitación ha conducido la Nena al joven domador. Como está acostumbrado a su rancho pau-



pérrimo y al prostíbulo de cinco reales, como por primera vez viene a una pensión, este cuarto relativamente confortable le provoca sensaciones que lo conmueven.

—¡Si uno pudiera llevarse a un cuarto así a la hija'el capataz Echagüe!—piensa comenzando a desvestirse.

En verdad, parece una habitación como para quedarse siempre. Sin embargo hay que entrar y salir de prisa. Diez o doce minutos. . . a lo sumo quince. O toda una noche. Pero esto, claro está, no es para todos. Aun esperando a las dos de la mañana, cuesta caro. Además, después de gozar da ganas de irse. No se sabe por qué, pero da ganas. Cierto es que, si se lucha consigo mismo durante un rato, vuelven otra vez ansias de permanecer. Y cada goce trae un descontento. Y cada descontento un nuevo como renacer de imprecisas esperanzas.

Sentándose en la cama el domador se dice con arrobo:

—¡Quién la viera conmigo n'este cuarto a la hija'el capataz Echagüe!

Y como ella está obligada a tener un novio rico,—“chapiao” de plata y oro, “tirador” hinchado, casi ahoga a la Nena al arrojarse furibundo sobre ella.

Cuando la Nena sale, el corredor está solitario. Acompaña al gaucho hasta el zaguán. Éste desmanea un tordillo.

—Buenas noches,—dice muy grave, montado.

—Adiós. . .

Ni lo mira, con la vista hundida en la calle que se pierde en lo obscuro. Vuelve al interior. Alguien conversa en el cuarto de Julia, a puerta cerrada. En la pieza siguiente, la “sala”, está doña Zulema con un hombrecillo.

—Ché, te voy a presentar a este señor.

La Nena le da la mano. Y después de canjear con la patrona un billete de un peso por una "lata", toma asiento, mesa por medio, buscando ensimismarse.

—¿Dónde estará Juan Carlos? ¡Si por lo menos viniera Pancho, o Martín, o alguno!...

El recién llegado está borracho. Viste traje ciudadano con cuello duro y ufana corbata en moña. Del lado derecho levanta un poco el negro bigote y deja entre los dientes un sonreír fijo que corta como vidrio.

—...Juan Carlos puede ser que a estas horas esté...

—Vení. ¿Qué vas a tomar? Sentate aquí.

Ladeando el cuerpo saca las piernas de abajo de la mesa.

Ella se le sienta en las rodillas mientras doña Zulema sale a buscar de beber.

—Yo me tomo esta otra, ¿eh?—dice la peliforra cuando regresa con vasos y dos botellas de cerveza.

Destapa a su vista la que traía en la otra mano a fin de que él vea que no hay engaño.

—Pero me la tomo en el comedor, ¿eh?—agrega en seguida.

El de la sonrisa asiente ya muy preocupado con los encantos de la Nena.

Doña Zulema, que ha recogido la tapa metálica, torna a la cocina. Por el camino, con mucho cuidado, vuelve a tapar la botella para ponerla en su casillero.

Acomodándose en el sillón, coge después el libro. Cierra los ojos. Piensa un momento. Y los abre y los clava.

La Nena ha bebido apenas medio vaso. Por suerte él está urgido. Tanto que, cuando entran al dormito-

rio, sin llegar al lecho, la abraza y trata de besuquearla, pronunciando palabras incoherentes y sucias, con la sonrisa creciendo. Ella gana el otro lado de la cama, se desviste y lo espera. Al acostarse, mientras él se le tiende encendido de lujuria, recobra al fin el hilo de su melancolía. De tal manera se disocian en la prostituta cuerpo y espíritu. El hombre la goza. Sus besos apasionados recorren las mejllas, el cuello de la muchacha, cuya boca está prieta y esquiva. Ella, abstraída, contempla el juego de su imaginación en serenos recuerdos venturosos. Y cuando él se le desprende y rueda a su lado, tiene que hacer un violento esfuerzo para incorporarse e ir a coger la palangana. De buena gana se quedaría así, tendida boca arriba. Que los hombres entraran a gozarla y salieran sin perturbar su ensoñación de esfumadas imágenes, que le consiente el verse mirar silenciosa hacia el ombú del patio, a través de los vidrios, junto a su amante, oyendo cómo el primus donde hierve el agua llena la habitación de un suave rumor . . . Pero no es posible. Hay que levantarse, acompañarlos fuera del cuarto, atender a otros . . . Maquinalmente, a medias absorbida en su fantaseo, sonámbula, conduce a éste hasta el umbral de la puerta.

Entra Julia.

—¿Querés llevarle a la vieja? ¡Estoy tan cansada!

Julia sale con el dinero. Cuando regresa a entregarle una "lata", halla a la Nena tendida en la cama. Se reclina ella, a su vez, hacia los pies. Se acoda. Cualquier cosa que digan aviva más en Julia el deseo de contar lo que oyó a su cliente. Por necesidad de identificar con el de alguien un obscuro dolor que le ha nacido. Hasta que no puede más. Y suelta:

—Juan Carlos peleó con un indio la noche anterior,

en el Bajo, en lo del "Perro". Él estaba borracho. A pesar de eso, en cuanto el indio quiso manotear la daga, ya tuvo a Juan Carlos encima. . .

A la Nena se le achica el corazón. Como si una mano yerta, subida del fondo del pecho, se lo fuera apretando.

Y se levanta de la cama porque alguien está en el umbral.

Julia también se incorpora, diciendo:

—¡Entre, señorcito!,—a un hombre bajo y gordo, con un flamante traje claro.

Pinta un pulpero de campaña. Rebosa alegría ingenua. Está algo ebrio. Entra con la mano tendida y una sonrisa ancha.

—¡Ah, muchachas!, yo. . . siempre me gusta pasarme un rato con buenas muchachas cuando vengo al pueblo. Yo. . .

Lo hacen tomar asiento.

Se escuchan pasos. Julia se asoma. Y antes de desaparecer pide permiso, para no ser menos amable.

—¡Sí, como no! ¡No faltaba más! Atienda, no más.

El del traje nuevo permanece después, un breve instante, silenciosamente sorprendido. Advierte en él un cambio brusco, que lo tiene perplejo. Ahora, sólo con una mujer, su satisfacción es mayor que momentos antes con dos. Más, ahora sí está verdaderamente contento.

—¿Cómo es posible que con una. . .?,—se pregunta.

—¿Querés. . .?

—Todavía no,—se apresura a interrumpir—. Yo tengo plata. Vamos a tomar, primero, como buenos

amigos, mi querida. No hay que apurarse. ¿Para qué si yo tengo plata?

Del bolsillo del pantalón saca un fajo de billetes. Lo vuelve a guardar. Sonríe. Piensa con satisfacción que la joven se ha asombrado al ver en él tanto dinero.

—Yo, cognac. Vos, lo que se te antoje tomar.

Y vuelve a decirse:

—¿Cómo es posible que con una...?

Ella sale. Mira hacia el ombú del fondo cual si algo pudieran hallar sus ojos allí. Aunque ha entrado el otoño y el fresco de la noche no permite sentarse bajo de él, hay todavía un farol colgado de una rama. En la cocina, donde están depositadas las bebidas, entera a Zulema para que vaya a aumentar el gasto. Pero ésta hace un gesto de impaciencia sin sacar los ojos del libro lejano. Mas las palabras importunas la han distraído y le permiten darle un alce a la vista.

—¡Qué cosa!,—exclama aprovechando la oportunidad—. ¡Al revés! ¡Cuanto más triste más lindo!

La Nena regresa a su cuarto con una botella de cognac, la de la cerveza ratos antes vuelta a tapar por Zulema, y los vasos.

Sirve un vaso grande. El forastero bebe un trago: Paladea.

—¡Uff!, ¡uff!, ¡queridita! Este cognac no es bueno. Yo estoy acostumbrado a tomar, no creas que no. En mi casa... Pero esto no tiene importancia, mi querida, ¿noverdá?,—agrega en seguida, arrepentido, al advertir recién el aire desolado de la Nena y creyendo que se debe a sus palabras—. ¡Esto no tiene importancia! Cuando uno se divierte no es necesario que las bebidas sean buenas. Ahora, claro, cuan-

do uno está solo en la casa... Después que... uno cierra la casa y... se queda... solo... en la casa...

Una ráfaga de tristeza cruza fugaz por su espíritu. Empina la copa. Arma un cigarro grueso. Engancha un dedo en la gruesa cadena de oro que, saliendo de un bolsillo del chaleco, sube, se escurre por un ojal y desciende a perderse en otro bolsillo. Se recobra.

—Mi preciosa, besame...

—¡Ja, ja! Yo tuve novia una vez. ¡Pero era una boba! No le gustaba nada de esto. Se ponía colorada y me miraba con ojos vacunos. Los padres estaban apurados por el casamiento. Ella, sin embargo, decía que... Y yo, yo también, porque... a la verdad... ¡las mujeres así no sirven, mi queridita! ¡Uff! ¡Yo siempre digo que la mujer debe ser cariñosa!

La joven ha llenado de nuevo la copa de cognac. ¡Ah, si ese pañuelo rojo, que tan mal cuelga del bolsillo superior del saco, ella se lo pudiera poner en la boca a aquel buen hombre! No cesa de hablar a pesar de que los ojos se le van achicando con la córnea enrojecida.

—¡La vida es la vida, mi queridita! ¿No te parece? A la pulpería va siempre un quintero de una estancia. Cuando voy del pueblo le tengo que contar todo lo que he hecho y con las mujeres que he estado. Y él dice, siempre: “¡La vida es la vida!” Y tiene mucha razón, ¿no es cierto, queridita?

Ella asiente con la cabeza y,

—Bueno, ¿vamos a la cama?,—propone.

Julia está en el corredor. De pie frente a un hombre de poncho y barba, sentado en uno de los largos bancos. De pie también, junto a él, un adolescente, casi un niño. Quiere decir algo a la prostituta y las

palabras surgen entrecortadas, sin ilación. El emponchado hace una seña intencionada a la mujer. Esta rodea la cintura del muchacho.

—¿Vamos a conversar a mi cuarto?

—¿Y usted?,—inquire el mozalbete angustiado, como queriendo que su compañero lo siga. Sus ojos imploran.

—Yo me quedo aquí nomás.

Así responde el otro mirándose las puntas de las botas.

Se estremece y pisa en la habitación. Va a hablar y las ideas no acuden. Ella comprende. Hay que iniciarlo. ¡Cuánto hace que inició al último!. . . ¡Cuánto!

Es delgado y trigueño. Calza botas altas. Viste bombachas, chaquetilla corta, de finísimo paño negro. Al cuello, un pañuelo también negro. Le asoma un cinturón con hebilla de plata.

De ajustarse en palabras lo que la mujer siente al contemplarlo, se expresaría así: Es bello y misterioso como un Dios.

Él, que ha tomado asiento junto a una mesa idéntica a la del cuarto de la Nena, se incorpora bruscamente cuando oye el chirriar del cerrojo. Trata de dominarse. Da unos pasos y vuelve a sentarse. Traiga abundante saliva. Baja la cabeza. Y los latidos de su corazón aumentan a medida que ella se aproxima. Pero se ha sentado frente a él, sonriendo dulcemente, apoyando un codo sobre la mesa.

—Me parece que te he visto aquí otras veces. . .

—¡No, no!,—exclama, ahogándose.

—¿Y ése que estaba con vos, quién es?

Se anima un poco. Alza la vista y mira a la mujer. Cuando las miradas se encuentran, él desvía la suya.

—Es capataz de casa.

—¿Qué te hicistes en la mano? ¡Qué cicatriz!

Él va a sacar el pañuelo porque tiene que sonarse.

—¡Dejá la mano, no seas bobo! ¡No me querés nadita!

Se la abandona. Con un esfuerzo angustioso se sobrepone. ¡Pero tiene una pena tan amarga! Sin mirar sigue viendo las dos hojas pegadas de la puerta.

Le está besando las manos. A su vez, trémulo, él posa sus labios en la nuca ofrecida de la prostituta. La mujer permanece inclinada, inmóvil... Siente los labios del joven besar sin fuerza, aun con temor y sin deseo.

—¡Vos sos muy bueno!,—dice sin alzar la cabeza.

Y le arde el ansia de incorporarse y estrechar entre sus brazos el esbelto cuerpo virgen.

Ahora él le alisa los cabellos casi dorados. Querría pedirle un beso en la boca. Pero lo turban los ojos de la mujer. ¡Si no hubiera tanta luz!

Se oyen pasos en otra habitación. El arrastrar de una palangana. El rumor de agua que se vierte. Y pasos más sordos...

Julia siente, ahora, el deseo de estar siempre así; toda la vida así, bajo una mano que la acaricie con tanta dulzura. Se reinicia en olvidados misterios, a su vez... En su antigua vida pura de la que, a veces, flota algún recuerdo en la conciencia, entristecedor como un niño ahogado. Pero comprende que es necesaria otra cosa. Además, vuelven a su corazón ganas de morder los labios inocentes.

Alza la cabeza. No finge. Es sincera esa expresión de entrega que dan al rostro los párpados caídos y la boca entreabierta.

—¡Besame en la boca!

Se juntan los labios. Llega hasta la médula del jo-

ven como una corriente eléctrica. Abraza, ahora, también.

—¡Qué lindo sos!

Y lo sienta en sus rodillas, le muerde la boca, le aprieta la cara entre las manos. Lo desea ya, como muy pocas veces se puede desear a alguien allí.

—¡Qué lindo sos! ¡Qué lindo así, todo de negro!



Ha quedado tendido sobre el lecho. Julia, acodada, le sonrío con ternura; decaída, laxa ella también. Él está triste, desalentado. Antes, allá en el campo, se imaginó otra cosa...

La muchacha lo besa por última vez.

—Bueno, ¿vamos a vestirnos?,—propone.

Calza lentamente las botas, mirando distraído una estampa de Jesús Crucificado que pende delante de él. Se anuda el pañuelo al cuello, frente al espejo. Del cinto, cuya plateada hebilla resalta, saca unos billetes.

—Agarrálos.

—¡Pero es uno, nomás!

—Te regalo los otros, pues.

Preocupada en cosas obscuras, que cada vez ia embargan más, olvida dar las gracias, Y pregunta:

—¿Cómo es que me dijistes que te llamabas?

—Juan Manuel...—contesta con imprevisto tono de imperio.—¡Abrí la puerta!

El corredor está solitario. En la "sala" no hay nadie.

—¿Se habrá ido?

—No, debe de estar en el comedor... Espérame

El estancierito da unos pasos. Mira tras el ombú la noche azul.

En el otro cuarto, la Nena hace como que gime, como que suspira. Para apresurar al hombre.

En efecto: éste rueda a su lado, entornados los ojos.

Se viste. Paga. Ella ordena rápidamente el lecho, la habitación. Abre la puerta. Salen. El del traje flamante va un poco atontado. Siente sueño. Desearía ya estar en la fonda para tumbarse de una vez. En la calle, bajo un farol, una idea súbita lo detiene. Mira hacia atrás. Saca el dinero. Lo cuenta. Y continúa la marcha, tambaleándose.

Al volver del zaguán la Nena advierte al gauchito bello y agotado. Va a hablarle cuando ve a Julia salir de la cocina. Y al capataz detrás, acomodándose en el poncho.

—¿Y los muchachos vinieron?,—le pregunta ansiosa.

—¿Vámonos?

—Vamo.

—Sí, está Martín,—contesta Julia, sin mirarla, pues se ha quedado con los ojos fijos en uno de los que se alejan.

Lo de irse así, fríamente, sin saludar, la está apenando.

La Nena irrumpe en la cocina:

—¿Y Juan Carlos?

Conserva aún en la mano cerrada dos billetes y varias monedas. Al advertirlo, los entrega a Zulema. Menos unos níqueles que, situándose de espaldas al recién llegado, los pone en la media, bajo la liga, con un nuevo disco de lata recién recibido de la patrona.

La pelea no pudo tener la menor gravedad. A Julia

le han exagerado, evidentemente. Y Juan Carlos, que está muy triste, en cualquier momento vendrá. Eso ha asegurado Martín, bebiendo caña con doña Zulema. La Nena, que no quiere beber, se pasea cabizbaja por la cocina. De vez en cuando detiéndose junto al cajón donde, desde hace tres noches, duerme Milonga a pata suelta. Y donde no dormirá muchas noches más. Porque esta perra sin dueño tiene gustos nómadás. Zulema, que se siente de muy buen humor, al punto de haberse distraído de la lectura ante el efecto desolado que sus palabras sobre el amor produjeron ratos antes en sus pupilas, (se distrajo también porque le ardía la vista, y está satisfecha, asimismo, por la tristeza que le provoca la novela), ha dado a la charla un tono de zumba. De pronto, dice acentuando la chanza:

—¿Y... entonces, Martín, la otra mujer lo tiene loco?

—Tanto como eso... ¡Pero le va gustando!

La Nena, mirándolos, se detiene. Y súbitamente exclama, exponiendo el rostro:

—¡Miren si soy boba! ¡Sé que es mentira y se me caen las lágrimas!

Ríen. Ella también. Y su llanto rueda incontenible. Y va empujando sus sonrisa. Hasta borrarla. Hasta trocarla en mueca.

Entonces huye a su cuarto y se arroja sobre la cama.

—Dejala. No vayas. Dejá que se desahogue. Y hay que traerle a Juan Carlos,—repone Zulema—. ¡Yo también lo preciso, lo extraño!... ¡Yo les digo que no hay amor, por verles las caras!

Martín, ya de pié, vuelve a sentarse.

El pobre corazón de Zulema se arrepiente de los conceptos falsamente expresados adrede.

—¡Se quieren, sí! ¡Cómo no se van a querer!

Y este estado de espíritu sirve de propicio campo a las novelescas vicisitudes en que ratos antes estaba enfrascada.

—Martín,—interroga de pronto,—¿qué quiere decir ebúrneo?

—Color marfil, señora.

—¡Sí, bien me parecía! Porque era un manto de novia. Y Ricardo Corazón de León iba a ir al casamiento... En su carroza... Mire que los infieles han dado que hacer! Para imponer la religión ha tenido que correr mucha sangre. Y ahora mismo, hay gente que no cree... ¡Dios mío! ¡El mundo va mal, Martincito! No creen, no creen en nada... ¡Como las bestias!...



A las dos de la mañana, Julia, que temprano había aceptado una invitación, se va hacia el Centro. La Nena cierra el zaguán porque ya Zulema se ha retirado a su domicilio particular, donde una joven hija suya duerme castos sueños, celosamente defendida. Sin desvestirse ni apagar la luz la Nena se tiende en el lecho, boca arriba. Ahora es innecesaria tal posición. Puede acostarse bajo las sábanas. La puerta de calle está cerrada y nadie entrará ya... ¡Pero tanto ha deseado desde horas antes estar tranquila cuando se hallaba así, boca arriba! Además, sin saberlo, espera a Juan Carlos y está pronta a acudir a su llamado. De cuando en cuando un recuerdo más vivo sube consigo una lágrima y provoca par-

padeos. Y algo también va subiendo con ellos, obscuro y denso. Se establece un equilibrio entre el sueño y la vigilia. Imágenes que fluyen casi libres, sólo atadas abajo; que se unen a capricho, que se transmutan y se esfuman. Como si percibiera desde un columpio las siente aproximarse, alejarse hasta la vaguedad... Cuando aparece el monte, el álamo altísimo, el largo puente de enormes pilares, una enramada con algunas mesas,—la del rancho de la picada del río,—y se va envolviendo como una niebla mientras se destaca entre ellos el ombú del fondo del prostíbulo, quiere emerger. Pero la atención la ha abandonado. Flota en el vacío. Sus párpados, que han podido entreabrirse, se vuelven a cerrar. Y ya libre, el ensueño empieza a levantarse en su espíritu como una emanación reminiscente.

La Nena duerme.



—Antes, todo el país era campo y todo el mundo vivía mejor que ahora. Ahora los cristianos no tenemos en donde ganar un pedazo e'carne. ¿Qui hay muchos adelantos? ¿Y pa qué sirven? Cada vez hay más miseria, más fealdá, más maldá! ¡Caray con los sabios, amigo!

Esto profiere Bonifacio, el gigantesco Bonifacio, de pie junto al mostrador, entre cuatro indios también borrachos y pendientes de la bocaza coronada de pelos lacios.

—¡Eso de los sabios está muy bien!,—acota y comenta Florismán en voz baja, con aire de hombre que no se sorprende por nada.

Él, el mejor guitarrero del contorno, está sentado en un rincón, con dos mulatos y el Mellizo Juan.

—¡Eso es verdad!,—continúa—. Cremos que sabemos pero no sabemos nada. El mundo está lleno'e misterios. Y dicen que, cuando uno va sabiendo y sabiendo, se empieza a dar cuenta'e que cada vez va sabiendo menos.

Se echa atrás en su silla. Se pasa la mano por la frente y agrega con solemnidad:

—El sabio más sabio ya no sabe nadita. Esto es otro misterio.

—Héle, ¡loco!,—salta el Mellizo Juan, tan atropellado siempre—. ¿Entonce, nosotros que semo suno sanimales reconocido semo sabios?

—Eso es otro misterio,—sostiene terminante Florismán, en tono confidencial.

—¡Pero cómo vamo a ser sabio nosotros, critiano'e Dios!

Los dos mulatos clavan, suspensos, la vista en Florismán, repitiéndole lo mismo con los ojos.

Alguien se recorta en la puerta.

—¡Mir'á Juan Carlos!

—¡Buenas noches para todos!

—Buenas.

—Adiós, Florismán, ¿y la guitarra?

—Allá está, en casa. ¿Gusta sentarse con nosotros?

Se sienta dando la espalda a la puerta de un pequeño reservado donde se oye la voz de una mujer y otra varonil, cascada.

En la mesa la controversia termina por consideración al recién llegado. Mas, de cuando en cuando, el Mellizo Juan o sus compañeros, con ganitas de seguir, buscan los ojos de Florismán. Y se establece entonces un diálogo de fulgores.

—¿Pero cómo vamo a ser sabio nosotros, cristiano'e Dios!

La bajada de párpados del guitarrero y un leve crispamiento de boca, repiten, empecinados:

—¡Ese es otro misterio!

Juan Carlos ha mandado echar una vuelta general.

En el mostrador, ahora, Bonifacio guarda silencio. La presencia del recién llegado impuso, sin querer, freno a los espíritus.

La puerta del reservado se abre. Sale Luisa, la pupila de Encarnación. Se adelanta hasta el mostrador y hace una seña al Tuerto. Éste retira un candelabro que asoma entre las botellas de la estantería, enciende la vela y se la entrega. La muchacha se aleja hacia el fondo, cuidando de plantar los pies sobre ladrillos dispuestos de distancia en distancia, que la luz va evidenciando.

Cual si quisiera que alguien se enterara de todo su pensamiento, Bonifacio, al principio con voz amarga pero natural, luego enardeciéndose por grados, recomienza:

—¡Antes era tan linda la vida! En cualquier lado uno encontraba. . . Uno llegaba a un rancho. . . Y el trabajo era una diversión. ¡Y eso que nu'era juguete! Píalar, domar, bolar. . . ¡Dios Santo!

—¡Ah, era linda!,—exclaman en coro los indios que lo rodean.

Y las visiones antiguas pasan ante sus ojos.

En la mesa del rincón, Florismán ha callado. Pero aguza el oído aguardando el momento oportuno de discurrir ante un auditor tan comprensivo como el que tiene ahora. El Mellizo Juan y los mestizos, que le adivinan la intención, ya están prevenidos. Y esto, a su vez, Florismán se los descubre. Se atusa confiado las guías del bigote rubio.

—Ahora nos hacen cinchar en cosas feas, nos revientan y nos dejan morir de hambre. . .—prosigue Bonifacio.

De soslayo mira hacia el ha poco llegado. Y continúa:

—Por lo menos a los animales los cuidan, los tienen bien gordos. ¡Seguro! Si se mueren hay que comprar otros. A nosotros no. ¡Hay gente a bocha!

Bebe su caña de un trago.

Los indios también, alzando previamente los vasos a la altura de la vista y diciendo: “¡Salú!” al invitante.

—¡Oh, todo está perdido! ¡Nosotros y el mundo, todo!

Descarga el puño sobre el mostrador.

Uno de los indios, sonriendo tristemente, exclama:

—¡Pero no hay que hacerse mala sangre! Total ya. . .

Bonifacio se estira enfurecido.

—¿Cómo? ¿Y los niños?

Desde su rincón, Juan Carlos se escalofría.

El indio no comprende.

—¿Los niños qué?

—¡Los niños! Ellos son inocentes y pagarán lo mismo. No debíamos preñar más; no debíamos dejar parir.

La muchacha que salió hacia el fondo regresa con la vela aun encendida. Sopla. Se la entrega al pulpero. Y éste la vuelve a su estante y torna a clavar su ojo en Bonifacio; a exponerle su media cara angélica.

Él sigue lanzando miradas provocativas a Juan Carlos, de manera ostensible para todos.

Sin resultado, Florismán invita al joven, con fútiles pretextos, a ir a otro boliche.

Juan Carlos no tiene miedo. La situación le provoca una extenuante tristeza. Con disimulo ha corrido el revólver y desprendido el broche de la canana.

—¡No hay que hacer más niños! ¡Que se acabe el mundo! ¡Que no haiga más hombres arriba'el suelo! ¡O que todos los hombres se corten la lengua pa no enseñar nada a los chiquitos; pa que ellos empiecen solos!

Nadie se atreve a turbar la voz, que ya es rugiente.

—¡Y hasta queremos ser buenos, queremos querer y no sabemos cómo! ¿eh? ¿Quién lo explica? No ustedes, que son una manga de animales, pero otros... ¿Por qué no hablan los que son inteligentes, los que leen libros, ¿eh?

La alusión es directa. El acento provoca más que las palabras. Juan Carlos se contiene, sin embargo.

—En algún libro debe estar todo eso. Y si no está, ¿pa qué sirven los libros? ¿Pa qué enseñar a leer a los chiquitos? ¡Queremos ser buenos y no podemos! ¡Hay que contestar! ¡Y el que no conteste es tan animal como nosotros y mucho más sinvergüenza!

Entonces Juan Carlos se pone de pie. Avanza hacia el provocador.

—Estoy viendo que querés pelear, Bonifacio,—dice con la cara blanca—. Acepto. Salí a la calle.

Los demás, helados, se han echado atrás.

El gigante permanece inmóvil, mudo, más largo aún porque se ha erguido todo. Vacila ante el que avanza. Cuando están ya frente a frente, tartamudea:

—¡Usted sabe que yo no tengo miedo a nadie!

—¿Y a mí qué se me importa?

—¡Pero yo no quería peliarlo! Yo quería... tirarle de la lengua... Yo...

La imprecación que le sale al joven es atroz.

Y caen un puño y Juan Carlos.

Apartando de dos manotazos a los que van a levantarlo, como si su contacto pudiera ofenderlo más, clama Bonifacio:

—¡Yo lo quiero, lo quiero! ¡Yo siempre lo he querido!...

Esto, que dice sacudiéndose con desesperación ante el joven tendido a sus pies, desarma al atropellante Mellizo Juan.

—... ¡Y le he pagao! ¿Quién explica esto?



Juan Carlos sube hacia el Centro. A paso largo y lento, abatida la cabeza, el hombre.

A los lados, casas cuadradas, ya a obscuras, cada vez más próximas. Nadie transita, por ahora. Inútilmente contienen las tinieblas los focos eléctricos en las calles solitarias. Para los que duermen no es preciso. Para los otros, para los que están despiertos en el Bajo, estos focos son un penoso obstáculo. Estos focos alumbrando hacia abajo y los costados, como si la luz se arqueara sosteniendo el peso de la noche. El hombre que sube hacia el Centro parece que va sufriendo también la carga. Ascende con él, de la paz de los campos, un aire suave. Como el huaino que salió de la guitarra, hace un rato, en La Cachimba. A medida que sube aumentan los grandes edificios comerciales. Cerrados ahora, claro, hasta un momento antes de levantarse los de las otras casas para esperarlos prontos. A ellos y a los que vienen de los campos. Son comercios antiguos. Las generaciones se suceden y ellos quedan. Algunos crecen en el transcurso del tiempo. Se ensanchan. Abarcan más espacio,

desalojan habitaciones, hasta voltean casas. Y siguen abriendo puertas. Son puertas distintas de las comunes. Son de madera gruesa y dura, colgadas a sus marcos por poderosas bisagras. Y además de desmesuradas cerraduras tienen, por dentro, cada una, dos ganchos rectangulares donde va a introducirse al anochecer una tranca de hierro. ¡Es extraño! Cualquiera diría que detrás de todo eso está el dueño, la mujer del dueño, los hijos del dueño. O la madre. Pero no. Si uno tuviera la fuerza capaz de hacerlas saltar, encendería la luz y no vería más que las cosas del dueño... Inútiles ya estos faroles, estas cariatides de luz. Los del Centro están encerrados, dormidos. Los otros, los despiertos en el Bajo, esperan, precisamente a que la luz se apague para subir. Por suerte a las dos de la mañana. Entonces la noche se viene más, avanza de golpe. Si los que duermen bajo los techos bajos abrieran los ojos y se asomaran, la verían mirando hacia dentro, esperando en la calle como una madre abandonada. Y la quietud se violenta. Cual si la noche se condensara, hiciera pie en las colinas que respaldan el Bajo, suben sombras entre las sombras. Por los huecos negros y largos de las calles, los que del Centro expulsaron a la luz del sol. A ellos o a sus padres. Pues el castigo perdura sin fin a través de las generaciones. Y hay dos pueblos en el pueblo. entonces. Opuestos como dos hermanos.

Levanta paredes, cierra puertas, escóndete, escóndete Caín, tú, "Centro" de todas las ciudades. El sueño es lo que algún día te hará despertar.

Juan Carlos atraviesa ahora la luz azulosa de una taberna. Esas lámparas del bodegón son estrellas próximas y tibias. Quizá sin las estrellas podamos ver la noche. Pero no podríamos sin ellas sentirnos mutua-

mente experimentar la noche. Misteriosa. Confundible. Las horas de las tremendas preguntas para las cuales un solo gemido ya parece que basta al perdón y a la paz. Se expone allí, bajo las lámparas, cuando la luz eléctrica se apaga, el espíritu rebelde del pueblo, refugiado en el Bajo. Como con el placer de la ronda de los niños cuando el Ogro duerme... Pero sólo un escaso tiempo. Hasta la aurora. Hasta los gallos...

¡Los pobres gallos!

¡La pobre aurora vigilante en los abismos para dar, manchada de luz, sucia de luz, la voz de alarma bajo el horror del lucero inmóvil de espanto!

¡Oh noche, que ocultas al hombre de las leyes de los hombres y haces de cada callejón un seguro camino hacia la burla de los jueces, hacia el descanso y el olvido, mellando la mirada de los de ojos altivos que no te frecuentan! A quien temen los que te duermen, los de los muchos cerrojos, los que te matan en ellos porque les traes de lejos, entre tus pliegues, esos clamores gemebundos que los estremecen sobre la almohada. ¡Oh noche, donde las sombras descienden al corazón del hombre, por donde suben las sombras del corazón del hombre; en donde el hombre envuelve en sombras el corazón!

¡Amor sombrío! ¡Amor ciego!

¡Oh, Jesús negro!

¡Oh, hermana de la muerte!

¡Ay, madre noche!

El hombre que viniendo del Bajo cruza el pueblo, pasa frente a la casa hasta donde, horas antes, acompañó a Lala y a la regordeta Concepción. Piensa entonces en Olga. Ve delante de sus ojos a aquella cuyo corazón, contra su deseo, debe ser salvado de caer en los remolinos de su vida: Olga, crespo el ca-

bello, verdes los ojos, meciendo en los labios una sonrisa triste. . . Dobla a su izquierda. Llega a una casa entre árboles. Allí se detiene.

Abre el zaguán. Busca la llavecilla de la luz. El zaguán y el patio se iluminan. Da un portazo.

Es un patio colonial con habitaciones a tres lados bajo un ancho corredor. En medio, una palma gigante. Y un aljibe de brocal de azulejos.

Abre otra puerta. Enciende luz. Se echa en un sofá, con la barba pegada al pecho. Una sensación de helado desaliento le sube en el alma. Algo se estira en él por sobre sus ideas y no hace mano.

De pronto alza la cabeza. Sus ojos buscan los ojos del retrato colgado en la pared. Una conmoción honda lo invade. Como eso que sacude cuando uno hunde la cara en un seno querido y llora allí. Pero los ojos de Juan Carlos están secos. Se yergue, estira el cuello.

—¡Qué vida ésta, mamá!

Es la imagen de una mujer joven. Le cae sobre los hombros el cabello negro, profundamente negro, como los ojos. De un negro casi sin luz, sin brillo. Por eso más dulce y profundo. Parece fluir de una remotísima tristeza. O alejarse así, de frente, hacia una remotísima tristeza.

Juan Carlos se ha incorporado. Con los ojos fijos en los ojos de dulce y honda obscuridad.

—¡Ay, mamá!,—exclama gemebundo—. Yo no estoy enojado contigo, pero. . . Pero ¿en dónde me encuentro? ¿Qué es esto, mamá?

El rencor ha ido impregnando su acento a pesar suyo. El rencor que, al faltarle el sostén de las palabras, se le salta a la cara.

Y en eso la luz se apaga de golpe.

Y en las tinieblas, encima de su cabeza, resuenan

dos tremendas campanadas que se prolongan como en un zumbido.

Esto abre el cauce cerrado. Primero es un mudo rodar de lágrimas.

A tientas, detrás de las manos, se encamina hacia su cuarto.

Sin encender la veladora de la mesa de luz, se arroja sobre el lecho. Y hunde el rostro en la almohada.

—¡Cómo, cómo es posible que te eche nada en cara!



Lo que está frente a ella es un perro negro, de agudos dientes. Al rozarlos con la mano le producen una sensación vagamente dolorosa... Pero no. Es un piano, es un piano abierto lo que tiene delante. Ella se sienta y queda absorta. Una ramita cae sobre el piano, produciendo leve chasquido. La rama de un árbol. Porque el piano está al lado de un monte, bajo el álamo altísimo. Junto a un río. El largo puente de enormes pilares queda a sus espaldas. Próximo hay un rancho. Al frente una enramada. Debajo, algunas mesas solitarias, con muchos, muchísimos vasos rojeando vino, amarilleando caña. De pronto arranca una melodía. Más que melodía son acordes vagamente dolorosos. Como el clamor de muchas bocas amordazadas... ¿Pero puede caer una ramita? ¿De dónde? No, no hay árboles, no hay álamo, no hay puente... Y... no hay... No, no hay piano. Se echa hacia adelante toda ojos, y es una pared negra. Fría y tan alta que llega al cielo. Juan Carlos está allí, atado a la pared con gruesas cadenas, blanco como el papel. Tiene la vista fija en ella aunque parece no

verla. El corazón de la joven palpita. Corre... va a correr hacia él; mas el pie derecho, ¡ah!, ahora el izquierdo!... ¡Y los brazos que han querido tenderse!... Hace un esfuerzo supremo. ¡No! Nada responde a su voluntad. Está como pegada, como atada. El pie izquierdo...

—¡Olga! ¡Olga!

Abre los ojos.

La luz viva los hiera. Aun así, mira. Es Juan Carlos, de pie, a su lado.

—¿Por qué me miras con esos ojos? ¿Te asustaste?

—¡Ay, mamá!

Es su madre, de pie, a su lado.



Ancha de ropas almidonadas, pelo de ceniza y piel de carbón, pisadas de loro entrando y saliendo bajo la arrastrante pollera...

—¡Niño, el mate!

Juan Carlos despierta. Agarra primero el vaso de agua tibia que ella le tiende y se enjuaga la boca. Después sorbe con avidez por la bombilla.

La negra se sienta en la cama. Desde que Juan Carlos era niño, todas las mañanas la vieja Basilia entraba al dormitorio con el mate. Antes, a las nueve. Después, a las diez. Después, a las doce. Llegó una época en que, a veces, la cama del joven amanecía sólo destendida en la cabecera, como ella la dejó por la noche. Y él no estaba en la alcoba. Y los hechos fueronla acostumbrando a entreabrir todas las mañanas la habitación, a mirar previamente y a aprontar o no el mate, según.

—Traiga la caldera, señora Basilia.

—¡No, que se enfría!

La vieja sale aflojando el cuerpo. Estos pies que se van retorciendo para adentro, duelen.

Juan Carlos enciende un cigarrillo. Se siente descontento. Relampagueante, una idea ha cruzado por su espíritu al abrir los ojos. Nacida del deseo de buscar a Bonifacio y al indio de la pelea de hace dos noches en lo del Perro y provocarlos. Eso le advierte que va a estar de mal humor. Y se apena.

Vuelve Basilia con el mate. Como los pies se le han ido cruzando tanto, tiene que levantarlos más de lo común a cada paso, para no trabarlos. Da la sensación de caminar en el barro. Llega enojada. En la cocina le gastan el agua.

—¡El capitán, que parece que no hay más caldera! ¡Y se ha venido con otro! ¡Como si no hubiera bastante con ellos! ¡Abusan, niño!

—¿Hay otro?

—Él siempre tray alguno. Yo creo que ese, anoche, durmió aquí.

—¡Lindo el mate! ¿Quién es?

—Uno tembleque. Pa tomar el mate tiene que fundar primero la mano en las rodillas. Y recién de allí lu'agarra.

Hace un gesto de desdén.

—Uff!,—repone—. ¡Esos están todos averiaos! Y pa mí que si no está mamao!. . . . Lo que es el capitán, anda duro desde temprano.

—¡Ya sé quién es! Es amigo mío.—Le alarga el mate—. No hay que decirle nada.

—¡Yo nunca les digo nada!

—Ya sé. Digo, no más.

En una silla está colgada su ropa. Busca el reloj. Van a ser las doce. No tiene ganas de comer. Tiene

sed. Desearía tomar mates bien seguidos. Pero lo disgusta contrariar a la negra. Cuando ella vuelve, trata de conseguir que traiga la caldera. Ella interpreta mal.

—¡No! ¡Si ya les dije! ¡Que agarren otra, si quieren!

Y se sienta en el lecho, campante.

Saca de un gran bolsico chala y tabaco. Arma. Luego, un yesquero de pedernal. Lo hace chisporrotear y, aplicando el cigarro, chupa gravemente, preocupada. ¡Se preocupa uno tan bien fumando! Juan Carlos está triste. Ella piensa que andan mujeres en el asunto. ¿Qué será?

—Por mí que vayan comiendo, si quieren. Yo no tengo ganas todavía.

—¡No, si aquí no se puede comer hasta que a los señores se les ocurre! Ni Carlín ni don Mangunga han venido. ¡Abusan, niño!

—¡Pero vieja, si porque les demos de comer hemos de fijarle hora a su apetito!

La anciana se embarulla. Luego, sonriendo:

—¡Yo digo por decir, niño!,—replica. Y cambiando el tono,—¡pero que abusan!,— musita.

Se acomoda gravemente. Va a hablar. Mas el intenso deseo de conocer la causa de la tristeza del joven le atrae en ese instante la atención como al fondo de un pozo. Y de allí no puede salir.

Las palabras de Juan Carlos, al atenderle el mate, alargan un cabo:

—¡Son así! ¡No es por mal!

Pero ha olvidado lo que quería decir.

Él queda solo. Quiere pensar en algo sin saber a punto fijo qué es. Está vacío. Y entonces, desde los ojos, empiezan a surgirle el capitán, Carlín, Mangunga.

ga, el Tuerto, el guitarrero del huaino, Lala, Martín, la Nena . . . Olga.

Su espíritu ancla allí.

—¡Pobre Olga!

Basilía regresa.

—Carlín me preguntó si estaba levantado.

—¿Vino? Después lo llama. No, no lo llame. Ahora me levanto.

La imagen de Olga ha tenido la virtud de barrer las otras imágenes. Para disiparse ella también, en seguida. Y dar paso a su amigo el nutriero, a quien hace tiempo no ve; a su hermano Yuca Tatú. Juan Carlos piensa que debe de estar, ahora, allá, en el Arazatí, entre los esteros, atendiendo sus trampas. A solas con la soledad. Un deseo le muere al nacer, ahogado. Sin embargo Juan Carlos ha podido retenerlo, aunque ya inactivo. Lo piensa, pues, como quien continuara la detenida historia de un difunto.

—¡Quién sabe no está ahí la solución!,—se dice.

Y se ve solo entre los esteros del campo de los suyos; de sus campos en cuyo contrato de arrendamiento hizo estipular una cláusula por la cual se permite vivir y cazar nutrias en todo tiempo a su amigo Yuca Tatú.

La negra va y viene en silencio y como sobre espinas. En una de las veces anuncia que ha llegado Mangunga y que están todos comiendo, ya.

—¿Y usted por qué no come? Tráigame la caldera, yo cebo.

—¡Pa lo que vi'a comer yo! ¡A ellos se les antoja pura carne y pura carne!

El brazo libre de Juan Carlos se alarga. Le palmea el hombro con mimo.

—¡Pero vieja! ¡Y antójesele a usted otra cosa! Usted manda aquí, usted es la única que manda.

A Basilia se le embrollan las ideas.

—¡No, si yo digo por decir, niño!—Y piensa con rabia—: ¿Quién será la perra que lo tiene triste?

Atraviesa el cuarto, hacia el patio, como a un bañado. Alzando las chatas patitas enfundadas en zapatones de paño.

Juan Carlos salta de la cama. Abre y cierra una puerta. Se oye el agua del baño de lluvia.

Mientras se viste, toma mate, aún.

—Don Mangunga está muy seguro d'ir al cielo. Pero pa mí qu'ese si asa, nomás. Está contando que Dios le dijo a Eva cuando se l'escondía: "Eva, Eva, se ve que tenés colita e'paja!" ¡Eso no puede ser, niño! ¿Cómo Dios v'hablar ansina?

Juan Carlos sonríe sin saber qué decir.

—¿Dios v'hablar ansina?,—insiste ella,—con lo 'e colita e'paja? Que los otros borrachines digan eso... ¡Pero don Mangunga!

La negra se atribula. Ella sabe bien que Juan Carlos a veces viene borracho. Y el dolor de herirlo hace que su ya poco flexible espíritu halle al punto una salida a la embarazosa situación.

—Eso sí, tomar no toma... ¡Es como mujer! Pa mí qu'el viejo es medio maricote. Y... ¡y se roba las servilletas pa pañuelos! Ya le dije a Amalia: en la mesa no hay que perderle pisada.

—Es que no tendrá pañuelos... ¿No hay cuellos limpios?

—¡Pero, niño! ¡Porque no tenga...!

Saca un cuello del ropero.

—¡Pero, niño!,—sigue protestando—. Si todo el mundo juera suyo, usted lo perdía.—Y agrega, entre encías:—Lo perdía más de lo qu'está.

Juan Carlos está alegre, ahora. Ríe con el cuello

en la mano. Ha pasado otra vez el brazo por los hombros de la anciana.

—Vieja, ¿qué harías vos si fueras dueña del mundo?

La ve embrollarse. Ha tomado en serio la pregunta. Juan Carlos se cree entonces en la obligación de insistir. Aunque con el pensamiento en otra cosa, atendiendo al optimismo que sube sin imágenes en su conciencia, repite:

—¡Eh? ¿Qué haría?

—Y... lo primero... resucitar a m'hija...

—¡Que saquen la comida!

Le entrega el mate. Y frente al espejo, se anuda demasiado fuertemente la corbata.

Come despacio, sin ganas. Bajo los ojos de Basilia fumante, acodada en el extremo de la mesa y haciéndola así más larga. Le embarga el ánimo sensación de amargura. Como si estuviera a punto de recordar algo que le allegara ya, anticipadamente, su impregnación penosa.

Un jorobado, Carlín, aparece en la puerta del comedor. Tendrá veinte años. Es de facciones regulares, casi bellas. Un astillazo allá en el rancho en que recogieron al niño gaucho la piedad de Juan Gamarra y las a medias insatisfechas ganas crueles de su mujer, fué lo que lo dejó así. Doblado. Haciéndole borrar la nuez del pescuezo al mirar la cara a la gente de pie. Los brazos no son largos, lo parecen. Si él pudiera erguirse sería armonioso y bello. ¡Y todo por un marlo! Por aquel marlo ardiente que, al conjuro de rápido girar, desataba círculos misteriosos, surgiendo quién sabe de dónde, ante los cuales se fué olvidando del mundo hasta que sintió en la espalda el dolor atroz del golpe. Los ojos castaños tienen una

expresión dulce y afectuosa. Pero si se repara en ellos a la vez que en la boca, entonces se comprende que Carlín pide a todos perdón por su presencia.

Juan Carlos le ordena que lleve a herrar el caballo, por si sale en la tardecita. Ha olvidado la promesa de asistir a la fiesta de Olga. Ya va a agregar algo cuando se contiene mirando a Basilia. Pone el cubierto sobre el plato. La negra se incorpora, lo retira y sale.

—¿No has ido a lo de la Nena, no?

—Como usted dijo que...

—Sí, tenía miedo de que fueras a ir. Cuando yo estoy enojado no hay que ir. Si no dirán que vas mandado por mí.

—Donde estuve jué en lo de la Coca. ¡Lo quiere al joven Martín! ¡Es un rancho!... ¡Pobrazo! Y el compositor de gallos está preso.

—Sí, ya sé. No le vayas a llevar ninguna carta a Martín. Que se arreglen ellos.

—Me quiso dar una, ella.

—¿Y vos?

—Nada. ¡Con lo de la otra vez! Y desconfió en el aire qu'era usted. Me dijo: "Juan Carlos es el que no te deja. Los amigos no quieren arreglarnos. Es que lo quieren más que a mí". Y yo le dije: "Pero, Coca, y si usted lo quiere, ¿pa qué li hace esas cosas?". Y ella me dijo: "Porque lo quiero". Y no habló más. Pero estaba cada vez más triste, la Coca. D'eso estoy seguro. Se le veía a la legua.

—Bueno, allí tampoco hay que ir por ahora, ¿ois? Basilia entra con una dulcera.

—Puede que esté caliente... Lo quería empezar temprano, ¡pero aquí manda todo el mundo!

Saca del trinchante un plato pequeño. Sirve.

—¡Esto es dulce! ¡Esto sí que es dulce!,—aprueba Juan Carlos sonriéndole y cada vez más preocupado, mientras aquello como recuerdo doloroso que no llegaba aún a su conciencia, se la sigue impregnando de amargura.

Carlín lo contempla en la actitud de un perro fiel.

—La quiere a la Nena,—piensa el jorobadito—. ¡Y es que es linda, es que es buena!

Entonces siente el corazón. Lo siente al punto de poder contar sus palpitaciones. La imagen de la Nena alzó otra imagen, pronta siempre a boyar y que ahora le estremece su pecho combo. Ha surgido Margarita, la del Bajo, ante sus ojos. Con sus cabellos rubios, sus ojos verdes. Y es en él, ahora, esa dulce tristeza del amor flotante sobre impresiones dolorosas, hirientes, agrias. Cual si junto a una bordona trémula chasqueara la prima de alambre, mal pisada... Cuando, ya mozalbete, con la moneda bien caliente en la mano, se resolvió a entrar. Estaban todas sentadas en el patio del prostíbulo, con varios hombres, aquella tarde. En un sillón había uno ventrudo que se daba aire con el pañuelo. Al jorobadito le gustó Margarita porque era hermosa y buena. Y por eso eligió a otra. A la más fea, casi vieja. Porque no era linda, porque no parecía tan buena a juzgar por las estridencias de su boca desdentada. La llamó aparte con un ademán. Cuando estuvo a su lado, rojo, hizo le seña de ir al cuarto... ¡Y adivinó su risa! Se la vió venir. Y apenas si comprendió las chuzonerías de las otras y de los hombres. Todo, todo estaba ya encerrado en aquella carcajada que cortaba en serrucho. Se halló como clavado entre el griterío. Entonces, prorrumpiendo en llanto, se curvó más para ocultar el rostro como grana. Hasta que alguien se incorpo-

ró iracunda. Y una blanca mano de seda, sacudida de sollozos, también, le acarició la frente después del tirón por el brazo y el chirriar de los pasadores de la puerta. ¡Qué silencio entonces en el patio! Y allí, dentro, en el cuarto, ¡qué blanca mano de seda, la mano de Margarita, sobre su cara fría! ¡Qué palabras tan tiernas! Él se sentía como un niño. Ella enjugaba las lágrimas del jorobadito y las suyas. Le posaba los labios sobre los cabellos en desorden. ¡Qué acentos tan dulces! ¡Más reminiscentes todavía que los de las banditas de los circos! Se le acostó encima. Y más que delirio sexual fué beatitud del alma entre el delirio del cuerpo, el suyo. Pero después... Ah, él estaba cegado en aquel cuarto, como si gasas blancas le velaran los ojos; pero después, después, a la salida, al rato, pasado el deslumbramiento, él recordó, de cuando estaba arriba, la boca de Margarita, esquiva, pegada a la almohada. Y entonces comprendió todo. La amó de golpe y para siempre. Y no se hizo ver por ella nunca más.

—¿En qué pensás, Carlín?

—¿Eh?, ¡yo no!

—¡Tenés una cara!

Juan Carlos se incorpora. Saca cigarrillos. Le ofrece uno. Se pone él otro en los labios y, encendiendo los dos, abandona el comedor.

Una voz llega de la cocina, donde comen los protegidos de la casa:

—Está escrito: *morará el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará.*

Llega también una tos grave, acatarrada. Y ruido de loza.

Cuando pisa la calle topa a su amigo Manuel Benítez. Al estrecharle la mano advierte el anillo de oro en la mano de Manuel. Entonces recuerda a Olga. Y, sobre su billetera, escribe una esquila para un joyero, entregándola al jorobado, que acude a su grito.

—¿Adónde vas, Manuel?

—Di aquí agarro pa lo Mansilla.

La límpida luz del día denuncia hasta el detalle las miserias de su interlocutor. Es un indio con cuatro pelos duros, caídos, de bigote. Y un mirar dulcísimo, en ojos eternamente inyectados en sangre. Le cuelga todo: el gran saco, los grandes pantalones desflecados abajo.

Se ha aproximado, también, un cuzco feo. Es el perro Tupambay o Coco. Con su cabeza erguida, contempla al joven, meneante el rabo.

—¡Adiós, Tupambay!

—Está gordito, ¿eh?

—¿Dónde te metés de noche, Manuel?

—Y... por el nenito. Uno llega tarde, hace ruido... El gurí se despierta y llora... Hay que ir a verlo. Siempre dice Ustaquia que vaya.

—Sí, tengo que ir.

—De noche, si quiere, lo mismo. Nos pasamos las horas conversando con Ustaquia después que viene de hacer los mandaos en la "pensión". Compré un mate de café. Cinco riales... Es un ángel de loza. Y el mate arriba'e los aloncitos.

—Tengo que verlo, también.

—La vieja ceba mate. Y el botija no se despierta. A la madrugada ella se levanta, le da leche de yegua calentita en la mamadera... ¡Venga p'aquí, Tupambay!

Manuel llama indistintamente Coco o Tupambay a su perro. Por regla general cuando está irritado, cuando furioso,—como sucede frecuentemente por causas nimias,—profiere palabras atroces,—apenas simbolizadoras de sus atroces pensamientos,—le grita Tupambay. Pero cuando lo llama desde los tristes ensimismamientos que también con frecuencia le acontecen, entonces lo denomina Coco. A veces, hasta Coquito. Juan Carlos, una noche, entre cañas y guitarras, con mucha cautela, pudo adivinar el por qué. Manuel tuvo una vez un perro. Se llamaba Coco, ¡oh!, sólo Coco, ése. Era en un pueblo lejano, allá por la frontera del Brasil. Una noche se le murió sangrando por la boca, entre dolores tremendos. Se murió mirando a su amo que no podía decir nada. No ya el perro, nadie podría comprender las ganas aquellas que levantaban el alma de Manuel Benítez a cada convulsión de su compañero: derrumbar a manotazos las casas del pueblo; ahorcar niños; ir rasgando despacio, con un trozo de botella, el vientre de una embarazada. . . Se murió mirándolo, sangrando por la boca, porque había comido, quién sabe en dónde, bolos de carne con vidrios dentro. Tardó seis meses en saber quién fué el bárbaro, pero lo supo al fin. Como sus propias investigaciones no tuvieron éxito, Manuel Benítez caminó tres leguas una mañana en que el sol abría la cabeza y achicharraba los pastos. Y llegó a un rancho parado todavía sobre la cuchilla, gracias, sin duda, a uno de los sortilegios de la habitante. Era una hechicera, Isabela de nombre, que lucía entre arrugas y mugre dos ojos azulados y estupendos. . . ¡Pero precisaba haber llevado un hueso del perro! Mientras descansaba bebieron caña, conversaron. Regresó por la tarde a su ca-

sa. Al día siguiente desenterró la gusanera. Arrancó un huesito, se lavó bien las manos y salió con los pies como bofe. El sol, allá arriba, empezó a retostarlo.

La vieja lo aguardaba decidida a jugarse entera, porque había cobrado simpatía al recurrente. Humaredas de olor áspero se elevaban en un brasero. Llenaban la única pieza del rancho. Ardían en las narices. Pegábanse a las ropas. Con el hueso en la mano, el brazo de la vieja se elevaba haciendo círculos.

—¡Oíme!... ¡Oíme!...

Arrojaba más en el brasero puñados de hojas extremadamente delgadas y secas.

—¡Estás ahí, Mandinga! ¡Que se le revienten las tripas, ¿oís? ¡Que sangre por la boca! ¡Que se mueran más del dolor que de la sangre! ¡Oí, Mandinga, del dolor, no de la sangre!

A Manuel Benítez le temblaba la mandíbula.

—¡Tanto, tanto, no, Jesús!—fué a gritar, demudado.

Pero algo dentro de sí lo miró con asco.

—¡Sos flojo, Manuel!—parecía decirle.

Y nadie de los del barrio sentía nada. A nadie se le enrojecía de sangre la boca, a no ser a la pobre Asunción, la mujer del milico, incapaz de nada malo, y cuyo cajón llevó él con otros cinco. Era tísica. La sangre venía del pulmón... Seis meses así, pendiente de los de la barriada. ¡Ah!, hasta aquel lunes de tardecita en que, de paso para su casa, bajo la llovizna, sintió los gritos en el boliche del Entrerriano. Y pasó a la trastienda, y siguió hacia el cuarto. Había unos hombres. Pero Manuel nunca supo quiénes. El Entrerriano se revolvía en la cama y echaba sangre por la boca.

—Era una úlcera. Al hospital... Ha perforado el estómago,—dijo el hombrecillo que llegó en el auto, mientras esperaba que volvieran de la farmacia.

Manuel salió abrumado. ¡Si él hubiera podido saberlo de otra manera! Porque lo que él necesitaba tan sólo era odiarlo...

Recién a los dos años recogió un perro. Iba en un carro de basura. Lo echarían con ella, de relleno, en viejas canteras. Lo salvó y le puso Tupambay en recuerdo de la batalla. Pero, al poco tiempo, cuando se le hizo familiar, cuando le agarró cariño, sucedió que trabucaba el nombre. Luchó con eso. Después, se entregó. Dos perros compartieron ya definitivamente el cuerpo del magro Tupambay. Que ahora, en esta tarde plácida, va tras su dueño y Juan Carlos.

—Sí, mañana. Con seguridad mañana de noche. ¿No te parece bien?

—¡Ah! ¡Quí alegrón a Ustaquia!

Un hombre viene en dirección contraria. Viste de gris, el sombrero como semilla de dátil con alas. Tiene por toda la cara esa sonrisa que asoma en las casas del pueblo desde las oleografías de santos. Se detiene a estrechar la mano a Juan Carlos y su sonrisa se le disipa en humildad gemebunda.

—¿Qué me dice, amigo mío? ¿Qué me dice, mi distinguidísimo conterráneo? ¿Ha visto los diarios de hoy?

—No, ¿por?

Están en el medio de la acera. Detrás de Juan Carlos, Manuel. Detrás aún, con la cabeza alzada y el rabo vibrante, Tupambay o Coco.

—¿No vió? ¡Quieren promulgar una ley para rebajar los arrendamientos!

Ha inclinado la cabeza sobre el pecho. Y lo mira por entre las cejas.

—¡Ah! Eso sí sabía...

—¡Su campo, mi campo, todos los campos!

Se yergue. Ha retirado la humildad de sus facciones y la sustituye por una expresión iracunda.

—¡Ese es Lenin, que muerto y todo llega hasta aquí! ¡Ese es Trotzky, ese es Stalin, el bandido!... ¡Pobre Artigas! ¡Qué diría él o alguno de los Treinta y Tres Orientales si contemplara esto!... ¡Ay, vamos andando! Yo no tengo qué hacer. ¿A dónde va el querido amigo?

—Al Club.

—¡Ay, yo no puedo entrar, no soy socio! Pero vamos a un café, mejor. Yo invito, se entiende.

—No, me esperan allí.—Y agrega para obligarlo a olvidar el ofrecimiento:—Sí, habrá que rebajar los arrendamientos.

Román Calero cae en el tema como a un pozo.

—¡Pobre patria!,—dice dando por cada paso de Juan Carlos dos o tres de los suyos—. ¡Ya no hay patriotismo! ¡Ah, perros rusos!—Y cambiando el tono, como si de Juan Carlos dependiera la solución, añade convincente y meloso: —Pero es que en Rusia puede estar bien lo que aquí no puede de ninguna manera estar bien. ¡Allí hay mucho campo, mi amiguito!...

Le da el brazo. Se lo pega al cuerpo. Y sube y baja el otro con la palma hacia arriba.

—¡Pero aquí! ¡Pero en este país pequeñito! ¡Aquí no hay campos, esa es la verdad, talentoso amigo; aquí no hay campos!

Se ahoga. Carraspea. Mientras sobre el desaliento de Juan Carlos se tiende una napa retozona.

—Además, allí todo es distinto. Allí hasta se pegaba. Y aquí...

Se detiene y retira el brazo. Se golpea el pecho a dos puños.

—A ver, ¿quién puede decir sobre la faz de la tierra que Román Calero ha pegado a un arrendatario? ¿Quién es capaz de sostenerlo sin calumniarlo indecorosa e inconcebiblemente? ¿Eh?... ¡Nadie! ¡Mis manos están blancas como la nieve!

La sonrisa no ha retornado. Pero sí el aire inocente. Vuelve a coger al joven por el brazo.

—Yo pensaba, ahora, comprar otro campito. Ocho-cientas hectáreas... campo flor. Hoy o mañana me casaría con una joven... con una joven bien joven, ¿entiende usted?, bien joven. Yo estoy enfermo, mi amable amigo. Friso ya en los sesenta años. Pronto moriré.

Dicho esto se sonríe con modestia. Luego continúa:

—Entonces, una viuda joven y rica, ¡cuántas cosas podría hacer! Casarse con un joven honesto... viajar... tener uno o dos hijos! Usted, usted mismo podría casarse con mi esposa... con mi ex esposa. Dos fortunas unidas. Dos grandes corazones unidos. Yo veía todo eso. Y ahí tiene... El parlamento nacional... Muchos hombres sentados, fumando, sin saber qué hacer... Hay allí, al fondo, un hombre de corazón podrido, raquítico. Odia. Nos odia a nosotros. A sus hermanos. A los Abeles este Caín. Y habla. Y ya está la ley. Ya ve con qué sencillez. ¡Y para esto tanto luchar, tanta sangre derramada! Contra la madre patria, contra el Imperio del Brasil... ¡Su Majestad Alfonso XIII hubiera evitado esto!

Están frente al Club.

—¡Bueno, adiós!

Juan Carlos mira hacia atrás pero la calle está solitaria. Ni Manuel ni su perro.

Subiendo la escalinata oye la voz del que lo acompañara :

—¿Usted no tiene amigos diputados o senadores?

—¿Para qué?,—responde, tornándose sorprendido, sin descender de escalón.

—¡Para escribirles! ¡Aun sería tiempo de dar marcha atrás, Juan Carlos! ¡Es una obra patriótica, Juan Carlos!

Lo está mirando con los brazos tendidos hacia él.

—No, no tengo. ¡Adiós!

Sube casi corriendo. Saluda amablemente al galonado portero. Riendo atraviesa el hall. Pero, al entrar al salón del bar, una brusca desolación le cae encima. Escoge una mesa solitaria.

—¡Yo soy rico!,—se dice, sentándose.

Lo tiñe el rubor como si lo estuvieran observando en algo impúdico. Y musita con la cabeza clavada en el pecho:

—¡Qué vergüenza que el Estado tenga que intervenir!

El mozo pone sobre la mesa la taza de café, el platillo con azúcar.

—¡Qué sinvergüenzas somos! ¡Yo soy un Román Calero!

Lo llaman desde una mesa donde hay tres señores. Dos son ventrudos, jóvenes, de caras rojas. El **tercero** tiene una barbilla en punta.

Se acerca entregándose, como sometiéndose a un castigo, a una humillación merecidos.

El mozo lleva allí la taza de café, el platillo, el vaso de agua.

—¿Qué me dice de lo de los diarios?,—pregunta anonadándose uno de los gordos.

—De lo de las rebajas en los arrendamientos,— aclara el otro.

Son hermanos. Tendrán cuarenta años.

—¡Qué voy a decir yo!

Ha hablado con desaliento, cual si sintiera que un enorme fardo le doblara las rodillas.

Los gordos se apenan de él, al advertirlo. Se desorientan. Tratan de convencerse en lo íntimo de que al fin y al cabo no es para tanto.

—¿O será para tanto?—se pregunta uno de ellos.

—¿Podrá venir después otra cosa todavía?—recela su hermano.

Y tácitamente resuelven probar a conformarlo por solidaridad de clase. Aunque, por las recientes dudas, se conforman a sí mismos, también. Mientras, el viejo de las barbas de chivato, con leve sonrisa, los observa en silencio.

—Bueno,—dice uno de ellos—, es claro que es posible. . . Sí, lo esencial, ahora, es conocer en todos los detalles el proyecto de ley.

—¡Ja, ja! Conocerlo bien. . .

Del otro lado el segundo gordo le pincha el pecho con el índice, adivinando a su hermano.

—¡Ja, ja! Y una vez bien conocido. . . ¡se le busca la trampa!

El muchacho no reacciona con estas palabras.

Los gordos se inquietan, se entristecen más. ¿Se habrá algo, todavía peor, que ellos ignoran?

—¡No tiene azúcar!,—advierde el de la barba al ver que Juan Carlos va a llevarse a los labios el pocillo de café.

Pone, entonces, tres terrones. Revuelve. Bebe.

Ruedan hacia los campos dos campanadas.

Aun así, uno de los gordos mira su reloj de oro

—¡Al diablo! ¡ A trabajar!—exclama después.

Sólo Juan Carlos ha permanecido sentado. Antes de salir, el vejete sostiene, apoyando ambas manos en la mesa:

—Los títulos de deuda. He ahí el lugar seguro.

Marcha entre los hermanos que le discuten encendidos.

—¡Ah, sí!,—dicen atropellándose—. ¿Y el progreso? ¿Y el dar trabajo a la gente? ¿Si no damos trabajo quién va a dar? ¿Y si no hay trabajo cómo se vive?

Juan Carlos queda allí, solo, agobiado sobre su silla. Cuando al cabo de un rato largo siente argentino rasco de espuelas, alza la cabeza. Pero vuelve a inclinarla para que no se acerque el jefe de policía. Por suerte se ha sentado en el extremo del salón, en las mesas de dominó. Con los únicos que permanecen aún. Pues los demás se han ido al sonar las dos. A sus empleos, a sus oficinas, a sus escritorios: a sus mostradores.

Y él no quería estar solo, sin embargo.

Se incorpora. Sale. Tan abstraído que no ve al galonado portero saludarlo descubriéndose. Baja la escalinata. Se respira en la calle un airecillo fresco y puro. Va de espaldas al campo, hacia la plaza.

—¿Adónde iré?

Pasa una joven a su lado. Casi corriendo. Lleva envuelta en trozos de diario una botella de leche. Se advierte porque el papel está roto. ¡Cómo corre ahora la muchacha! Es rubia. Va ceñida por un traje claro. Se la traga la boca de un comercio. Hay en la puerta, pendiendo sobre la vereda, una bota alta, de montar. Pero no se mece al airecillo fresco de la calle, como un ahorcado. No se mece porque está fija, porque es de hierro.

Al pasar mira hacia adentro. Frente a una dama observante por encima de sus lentes de carey, la muchacha, enrojecida y sudorosa, destapa cajas. Una se vuelca. Caen un zapato blanco, pequeñito. De niño Juan Carlos, que ha hecho instintivo ademán de ir a recogerlo, enciende un cigarrillo. Aspira una bocanada.

La plaza está solitaria bajo la luz dorada, bajo los plátanos dorados. A su frente, la iglesia. Altísima, blanca. Con el gran reloj de tremenda campana. Se ven otras campanas por los ventanillos encimados. Hay campanitas chicas, también, en las dos torres. Para las misas y los funerales. En ese lado de la plaza se tiende una fila de autos. Son de alquiler. Algunos choferes duermen la siesta dentro. Insensibles a las campanas. Como si, por estar al pie de las torres, el sonido les pasara por lo alto.

Juan Carlos atraviesa la plaza. Pasa junto al monumento que tiene en el medio. Sobre una base sonríen cuatro leones de mármol, abúlicos, medio echados. De entre ellos sale una pirámide de granito rosa. Y allá arriba, sentados, de pierna cruzada, otra vez de mármol, cuatro ángeles rollizos. ¡Trasciende tal seguridad el monumento! Parece como que cada figura está confiada en las siete restantes.

Juan Carlos se hunde por una calle angosta que separa la Iglesia de la Jefatura. Vuelan palomas de nido en las torres. Blancas, resplandecientes en el sereno azul. No muy lejos se divisa el verdor de los campos apardado por la distancia. En este pueblo, casi en donde se pare,—o moviéndose de allí una cuadras—, uno ve, de día, el campo; de noche, la obscuridad. Y estas dos inmensidades agobian, achican. Y, al mismo tiempo, extrañamente, esperan.

Vienen hacia él dos cincuentonas largas. De rostro enjuto. Llevan rosarios en la mano.

Voltea una campana. Talán... Muy melodiosa. Tornan muchas palomas del límpido azul.

—¡Adónde iré?

Recuerda a Manuel Benítez, a su mujer, la mandadera de prostíbulos, Eustaquia. A su perro Tupambay o Coco. Dobla a la izquierda. Y sigue una calle que se despuebla a lo lejos, cada vez más verde.

Cuando termina el empedrado busca el medio de la calzada, que está más transitable. El paisaje se acorta de abajo, a sus costados, al hundirse en una prolongada zanja. Y luego va emergiendo otra vez. En la puerta de un rancho internado en un campito lo saluda una clara voz.

—¡Adiós, don Juan Carlos!

La mujer es joven. Tiene el vientre abultado. Parecen salir de abajo de su falda tres chiquillos harapientos, descalzos. Y un cuzco overo.

Lo contemplan trepados al alambrado, los niños; el perro saltando en el suelo.

Ya ha cruzado el "Abrojal", que cae también en la maldita jurisdicción del Bajo. Ahora ve el rancho de Manuel. Es de ladrillos hinchados de musgo, con techo de zinc. Bajo un ombú hay una batea de lavar ropa. Y al pie agua lechosa, estancada. Detrás del rancho se tiende una escolta de yuyos, de tártagos retorcidos. Y entre ellos paze una yegua tordilla.

—¡Pobres! ¡Pobrecitos!

Recuerda cuando los vió una noche entrar a La Cachimba, del brazo. Él, muy orondo; ella, con el temor dichoso de una novia, ¡recién entonces!

Para un cataclismo sentimental, Eustaquia, así, tan fea, fué un remanso, fué sombra, fué todo lo acogedor: lo que hace falta.

Ocurrió durante una campaña electoral. Uno de los candidatos era el hombre adorado por Manuel. La lucha lo tenía altivo y fiero. Sólo hablaba de cosas importantes. El perro, durante estos días, era invariablemente llamado Tupambay. Una noche, en un comité, anunció a los organizadores,—oliendo a alcohol de primus—, que iba a hacer uso de la palabra. Tomáronlo a chacota y rieron a carcajadas. Manuel vestía con paquetura. El primitivo poseedor de su traje debió de ser apenas un poco más alto. Llevaba cuello de celuloide pero sin la superfluidad de la corbata. Alguien, desde un balconcito, dirigíase a la concurrencia agolpada en la calle. Aplaudían. Delante, veíase agitar las manazas del negro Saura que siempre aplaude por encima de su cabeza. Indudablemente, de ser cierto lo que decía el orador, todos debían votar a aquel candidato. Hasta los cinco Faleró, indecisos, desconfiados al principio de la campaña, aplaudían más frenéticamente que los otros. Y se sacaban los sombreros, jubilosos. Cuando terminó el orador, la bandita tocó una marcha. Casi fúnebre porque, para que no se perdiera el del trombón, que estaba borracho, el director marcaba un compás muy lento. Y, de pronto, Manuel apareció en el balcón dejando a todos fríos, extraviando definitivamente al del trombón que produjo en su instrumento un sonido paralizante. Manuel sonrió con dulzura a la lejanía como a un amable ser invisible para los demás y dijo, persuasivo:

—¡Señores! ¡Concurrencia! ¡La vida es mala pero el hombre es bueno! Voy a...

Dos brazos lo agarraron de los hombros y lo sacaron del balcón. Y mientras los siguientes oradores disipaban las últimas dudas, Manuel, en un boliche

próximo, ahogaba en caña la sensación de su fracaso.

Más borracho que siempre al acostarse en su tugurio, se olvidó de apagar la vela. Algún movimiento la volcó sobre la cama. Cuando Manuel pudo saltar tenía un brazo y el costado del cuerpo achicharrados. Lo llevaron al hospital. Y, después de unos días de fiebre, de dolores atroces, Manuel supo por primera vez lo que era la felicidad.

Las monjitas del hospital se acercaban con recelo a aquel gran pecador de cara fiera. Pero disiparon sus inquietudes el dulce acento de Manuel, su docilidad, sus palabras agradecidas y corteses. Hasta la Hermana Superiora bajó cierta mañana a conocer a aquel endemoniado de las largas mentas que, sin embargo, tan bueno parecía a las monjitas. Manuel hasta la llamó Madre. Convencida de que no le habían exagerado en lo más mínimo, envióle después, con una de ellas, escapularios, medallas, estampas. Habiendo agregado nuevos elogios de un carácter que causó misteriosa sensación:

—Se ve que ha tenido ojos muy lindos.

Cuando Manuel pudo comer, su asombro y su dicha no tuvieron límites. Delicadas manos femeninas hacían para él dulces, pasteles, deliciosas golosinas. Lo mimaban como a un niño. Y él, que nunca fué tratado así, se afinaba hasta el niño que tenía en su corazón desbordante de ternuras.

La contemplación de una de las imágenes le produjo desde el principio un bienestar infinito. Sentado en la cama, con un brazo ceñido por los vendajes, se pasaba largos ratos mirando el rostro de la Virgen de ojos soñadores. Y un día, cuando menos lo esperaba, recordó que él vió una mujer muy parecida,

que miraba así. . . Entonces él no era un ex hombre era un soldado de la octava división revolucionaria. . . Se echó a reír para no confesarse su turbación. ¿Fue después del combate de Cerros de la Aurora? Ella tenía un traje celestino.

Manuel era el tema de la conversación de las monjitas. Experimentaban un asombro placentero. Si hubieran sido inteligentes se pondrían tristísimas. Pero sus ideas se alargaban apenas fuera de ellas; no pasaban del recinto hospitalario, más allá de cuya verja la vida desnuda se ofrece con todos sus horrores, aunque también con todos sus encantos. Acostumbradas a presentir en cada hombre a un escapado del infierno que agarra a la primera mujer que pasa para arrastrarla con él hacia las llamas, ¿qué no habrían pensado, antes, de aquel grandísimo pecador. —¡más aún que los otros!—, llegado una madrugada envuelto en un tufo alcohólico y con un olor a carne chamuscada que asociaba fatalmente la idea de Satanás? Y, ahora, ¿quién de entre ellas podría experimentar zozobras ante aquella cara aindiada, de lacios pelos y bigote ralo?

—¿Y ése es de los de la peor clase?—se preguntaban.

¡Si las monjitas siguieran pensando. . . !

Pero no lo hacían. Y, por eso, estaban contentísimas. Y las risas resonaban con más frecuencia en el amplio salón de costura.

—Hubo grandes pecadores,—decía una noche la Hermana Superiora—, que se volvieron buenos hasta fueron canonizados.

(Las monjitas, por obra y gracia de Manuel, suponían ahora canonizables hasta a los enfermeros.)

—Recordad, hijas mías, a San Agustín y a tantos

otros... Es necesario, Hermana María del Rosario, que mañana, al llevarle el chocolate, le insinuéis la conveniencia de hacer la Comunión. Debéis obrar con cautela porque los hombres, hija mía, tienen instintos feroces y, posiblemente, este empedernido pecador se pondrá furioso y llegará a decirnos palabras desagradables. No olvidéis que tiene el brazo derecho libre y que puede arrojaros sus frascos de medicamentos.

La aludida sonrió...

Y esa noche alguna monjita soñó cosas raras. Satanás, entre las llamas, completamente solo. Y en el Cielo los hombres, todos los hombres, hasta esos de enhiestos bigotes y ojos apasionados, tendían blancas, angélicas alas.

Alegremente llegaban las campanitas de la capilla. Manuel, con gran solemnidad, entró en ella sostenido por la Hermana María del Rosario que se alejó veloz en cuanto él se acomodó de rodillas frente al confesor.

—Cuéntame tus pecados, hijo mío.

—Y... yo... ¿cómo quiere que me acuerde?

—Bueno... por ejemplo... dime, ¿alguna vez has robado?

—¡Héle, loco! ¡Abaje esa prima, compañero! ¿Usted con quien cré qu'está hablando?

Con grandes dificultades para ambos terminó la confesión. Y comulgó... ¡todo!

Más tarde las monjitas rodearon la cama. Dulces, una copita de oporto, más estampas, pañuelos... ¡la mar!

Poco después, al Director del Hospital le comenzó una preocupación creciente. Manuel podía ser ya dado de alta. Se paseaba tranquilamente por los corre-

dores y el jardín, fumando buen tabaco encargado por las monjas; hacía pequeñas diligencias a pedido de los otros enfermos; las quemaduras estaban ya casi cicatrizadas. Pero cuando el Director del Hospital se aproximaba, Manuel ponía tal cara de sobresalto. . . Además, la Hermana Superiora, sin pestañear, habíale manifestado que Manuel ¡solía tener fiebre de noche! Todas las mañanas el Director subía las escaleras, con una resolución irrevocable. Mas, del extremo de la sala, lo recibía una mirada de espanto: una monjita llegaba hasta él para detallarle nuevas dolencias de Manuel, y el doctor terminaba por morderse los bigotes, nerviosamente.

Hasta que llegó el día de la catástrofe.

Un chiquillo avisó en el hospital que el sobrino de Manuel había perdido su "angelito". Manuel, después de meditar seriamente, comprendió que tenía la obligación de asistir al entierro. Obtuvo permiso para salir hasta las cinco de la tarde. Era un día hermoso, limpio. Las monjitas le dieron todo el dinero que había juntado y un ramo de flores. El dinero se lo regalaría a su sobrino para ayudar a solventar los gastos de la fiesta del velorio. Las flores, claro, para el muertito. Pero hay seis o siete pulperías entre el hospital y el Barrio Industrial, pasando por el Bajo. A las ocho de la noche a Manuel le iba taba recorrer algunas cuadras todavía. Y cruzar iría te a dos boliches con tentaciones de sirenas. Comprendió contristado que no podría pasar. Y que, además, era inútil porque el entierro se debió realizar a las cuatro. . . Entonces siguió bebiendo descontroladamente.

Las monjas se hicieron un ovillo en sus camisas al furibundo griterío de Manuel. Y comprendieron

que el demonio les había arrebatado definitivamente su presa.

El Director, por la mañana dió, desde su despacho, el orden de expulsión.

Ni una monjita había en el largo trayecto hacia la puerta. La Hermana Superiora tomó también disposiciones terminantes, porque un poseído es un espectáculo terrorífico.

Pero la Hermana María del Rosario, tan bella con sus ojazos melancólicos, espío el pasaje tras el visillo de una ventana. Vacilante el andar, la cabeza hundida en el pecho, cruzó el pecador. La joven religiosa no sintió el terror anunciado por la Superiora. Lo que sintió fué algo tan infinitamente puro que se echó a llorar.

Nada pudo borrar en Manuel el recuerdo de aquellas amables horas, de aquellas sorprendentes horas en que la realidad se adelantaba al ensueño, o, cuando menos, resucitaban ansias muertas hacía muchísimo tiempo. Y experimentó la necesidad de una mujer en su vida; como antes, como cuando era un soldado de la octava división y lucía en su sombrero una divisa blanca. Para que lo quieran a uno con el alma es imprescindible que lo quieran también con la bestia que cada cual lleva encima. Él lo advirtió con claridad e iba a proceder en consecuencia. Pero, ¿a qué mujer se podría acercar con esas intenciones sin que le produjera risa o miedo? Mientras el perro, —ahora Coco—, lo contemplaba fijamente, Manuel medía las dificultades de la empresa. . . Y, de pronto, cuando menos lo esperaba, sintió que la felicidad estaba de nuevo a su alcance. La mujer era Eustaquia, la mandadera de un prostíbulo. Los escrúpulos que nacieron en el alma de Manuel habían sido ahogados por esta rotunda reflexión:

—Los cuerpos son distintos pero las almas son toditas iguales.

Una noche los parroquianos de La Cachimba se vieron sorprendidos por la presencia de una pareja que, del brazo, llegaba hasta una mesa y tomaba asiento, ceremoniosamente. Eran ellos. ¡Manuel Benítez con una mujer!. . . Verdad es que Eustaquia no lo parece. Porque con unos mechones de pelo grises, tres dientes, una boca agolpada sobre el lado izquierdo, ojos que se esfuerzan por vigilarse mutuamente, y dos bultos de pellejos recogidos sobre el pecho, una mujer no parece una mujer. Ella pidió leche y él caña al azorado mozo. Manuel advirtió que en aquellas circunstancias debía extremar su galantería. Y pidió masitas para ella. Pero allí jamás las hubo. Contrariado, hizo traer dos panes criollos. Eustaquia bebía a pequeños sorbos y con gran ruido. Mojando en leche su sonrisa nueva.

—¡Adelante, don Juan Carlos! ¡Pase! ¡Ta dormidito!

Entra a la habitación de piso de tierra bien barrido. En las paredes hay muchos amarillentos retratos de los caudillos del Partido Blanco. Unos uniformados. Otros con trajes gauchos. Con divisas todas.

La sonrisa endereza un poco la boca de Eustaquia. Le salen mechadas entrecanas bajo una especie de color celeste.

—¡Mírelo qué lindo!

Juan Carlos se aproxima a la cuna. Levanta un trapo. Aparece la cara del niño, pálida.

—¡Oh! ¡Es muy lindo!

Eustaquia se siente madre. Radiante, créese ahora en la obligación de ser modesta.

—¡No, que v'a ser! ¡Lo qu'es muy bueno!

Le arrastra un sillón destartalado.

Él va apoyando el cuerpo, receloso, hasta sentarse.

—Tiene ropa que no sabemos donde ponela. Todas li han hecho cosas.

De una gran caja de cartón comienza a sacar pequeñas prendas, blancas o de vivos colores. Entre cliente y cliente trabajaron para el niño las mujeres de las mancebías. Tan costosas como algunas de esas prendas pocos niños han usado en la ciudad.

—¿Conoce esto?

Es un gorrito tejido de lana y seda lo que le muestra en la mano.

—Sí, de la Nena,—responde sacudida el alma por una ráfaga de tristeza.

—¿Y esto?

—Sí, de la Nena.

Después de una prolija exposición se sienta ella también, en un banco.

A la cabecera del camastro, en una oleografía, está San Bernardo rodeado de perros. Como Eustaquia sorprende al visitante contemplándolo, se levanta, lo descuelga y se lo da.

—Lo compró él. ¡Como a él le gustan tanto los perros! Y a mí también me gustan mucho los perros.

Ha vuelto a colgarlo.

—¿No ve?,—dice señalando con el índice hacia una repisa—. Este es el mate que compro en cinco riales. ¡Usté ve, es tirao!

—¡Oh, qué preciosura! ¡Cómo no!

Es un ángel de loza, arrodillado. Sosteniendo el recipiente entre sus alas doradas.

Oyense vagidos.

Eustaquia se incorpora de un salto. Juan Carlos también se incorpora.

—¡ Se despertó!

Con la boca otra vez derecha, Eustaquia se inclinó sobre la cuna.

—¡ M'hijito! ¡ M'hijito querido!

Y le posa entre los labios el chupete atado al babero por un cordón blanco.

—Sáquelo y démelo, que yo lo tengo.

Juan Carlos vuelve al sillón. Y recibe en sus brazos al pequeño.

Este niño nació hace dos meses en el hospital. Su madre es prostituta, del lenocinio donde Eustaquia oficia de mandadera. Cuando salió del hospital, el problema del niño, crecientemente perturbador desde hacía meses, se planteó en términos perentorios. Hasta que Flora, consultada, halló una satisfactoria solución. Eustaquia es idiota pero es buena. Manuel es borracho pero es bueno. Y hay un panadero que ofreció una yegua para proveer de leche. El niño pasó, pues, a manos de la pareja, que recibiría una pequeña mensualidad para los gastos. Mientras, claro está, que no se arreglara cierto asunto en Montevideo, donde dos ancianos estaban ya casi a punto de perdonar un antiguo dolor. El primer día a Manuel le hizo gracia aquel muñeco. Al segundo, lo preocupaba. Se pasó una hora mirándolo dormir, pensando nunca supo qué. Después lo quiso, y se dolió cuando, por la noche, al llegar borracho de las tabernas, dió portazos enojándose con Eustaquia que discutía lo pirincho, volteó bancos conmoviendo la cuna. El niño, tan bruscamente despertado, lloraba. Manuel Benítez comprendió que, al día siguiente, tendría que meditar problemas imposibles de resolver en aquel preciso momento. Por la mañana, salió con el perro Coco o Tupambay sin vocear sus décimas. Se hundió

en una taberna y no la abandonó hasta las doce. Muy borracho es verdad, pero con una solución hallada: para no despertar al niño era necesario no salir de noche. Esa misma tarde, turbado ante el misterio del cambio de vida que se iba a iniciar, adquirió el sorprendente mate de loza. Compró también café tostado, en grano. Y a las pocas cañas, no más, llegó a su casa. Después de cenar, en el sillón que Eustaquia había aportado a la unión como dote, tomaba mate de café, cómodo. Ella cebaba el mate. El niño dormía. . .

Juan Carlos posa los labios en la cabeza cubierta de pelusilla. De pronto siente necesidad de hablar, de hablar de cualquier cosa. Pero lo interrumpe Eustaquia que parece haber adivinado su súbita zozobra.

—Ella lo dió. Él es ahora de nosotros. Y doña Flora me dijo, también. Él es de nosotros.

—¡Ah, claro!

—Ella no está aquí. Se fué a trabajar a Canelones. Comu aquí todo el mundo sabe la cosa. . .

Juan Carlos está recordando lo que oyó en los prostíbulos. De una manera u otra el niño irá a Montevideo. A casa de sus abuelos maternos, los únicos conocidos, o, si no, al hospicio.

Bruscamente la imagen de Olga aparece en el espíritu del joven. Con tal verdad en seguida, que anda por el cuarto. Y él, entonces, estrecha al niño sobre su corazón.

Es feúcho, pero mira fijo, endurece el cuello ya.

—Es de nosotros. Nosotros lo vamo a criar bien. El viejo le v'a comprar una alcancía.

Juan Carlos siente frío en el corazón. No se anima a mirar a Eustaquia, que se incorpora, sopla cenizas en un brasero, echa carbón encima, volviendo

a soplar. Mas ahora, de pie, por medio de una larga caña hueca. El carbón chisporrotea. Eustaquia pone una caldera. Tira la yerba al mate.

Mientras eso hace, Juan Carlos sí la mira. Pero cuando vuelve a sentarse, inclina la cabeza, y besa leve, repetidamente la mejilla del niño que comienza a llorar.

—Después, con el tiempo, tenemos qui alquilar otra casa con dos piezas.

Eustaquia ha alzado al niño y se pasea meciéndolo

—Dice el viejo qui asín él viene a la hora que quiere y nosotros no sabemos nada.

Y añade, con la imaginación en un futuro lejano

—¡Pobrecito! ¡El viejo es rezongón, pero es güeno el viejo!

